



# *Veán ve mi gente*

*Cuentos de tradición oral chocoana*

*Geovanny E. Palacios Pérez*



# Veñan ve mi gente

Cuentos de tradición oral chocoana

Geovanny Emith Palacios Pérez



# Veán ve mi gente

Cuentos de tradición oral chocoana

Geovanny Emith Palacios Pérez

geovanny994@yahoo.es

Edición

Luis Fernando Acevedo Ruiz

historiadelau@gmail.com

Medellín, Colombia

2017

ISBN: 978-958-48-2579-7

Licencia Creative Commons:







## Contenido

Prólogo .....	5
Presentación.....	7
Glosario .....	11
A modo de introducción.....	13
Embarazo .....	14
La Condena.....	29
Anuncios de una muerte inesperada.....	47
En las manos del diablo .....	60
El oro encantado .....	73
El viejo Timoteo .....	86
Las quejas de Joaquín.....	98
Las primeras tragedias.....	106



## Prólogo

*Vean ve mi gente* es el segundo libro de cuentos de tradición oral del Chocó, escrito por Geovanny Palacios P. El primero, titulado *Maunque llueva*, se publicó en 2013. Como aquellos, en estos cuentos encontramos como constante la magia, lo sobrenatural e inexplicable -vivido, alucinado o soñado, ¡qué sabemos!- motivo principal por el que las personas lo conservan en su memoria y lo transmiten a otros.

Los cuentos provienen, sencillamente, de la memoria del autor, quien los escribió tal y como los recordaba, mientras atravesaba un período bastante difícil en su vida. Geovanny salió expulsado de su tierra, el departamento del Chocó, por falta de oportunidades para materializar allí mismo cualquiera de sus sueños; llegó entonces al municipio de Turbo, donde durante algunos años escasamente sobrevivió. Este hecho, sumado a la terrible situación de violencia que aún azota a la región de Urabá, lo forzaron a viajar a Medellín, ciudad en la cual pasó su primera noche en un parque, a la intemperie, con apenas unas monedas en el bolsillo que utilizaría para contactar a algún familiar o amigo. Los años que pasó aquí no fueron fáciles para él, máxime que había dos hijos por los cuales velar; aun así, mantuvo su deseo de estudiar una carrera universitaria en la Universidad de Antioquia, que logró culminar trabajando, principalmente, como guarda de seguridad en discotecas *de blancos*.

Que de tanto en tanto se cruzara por su vida uno que otro ángel, fue algo esperanzador y de gran ayuda para darle aliento y perseverar en sus metas, lo que hizo con admirable estoicismo. Pero tal vez fue mayor ese anhelo por volver a su tierra lo que no lo dejó desfallecer, y lo que explica por qué escribió los cuentos, pues





el ejercicio de la memoria es alimento para el espíritu. Y es que en su conversación siempre estuvo presente la nostalgia por su amado Chocó: Bojayá, Quibdó, Acandí, ese poderoso río Atrato que lo es casi todo allí, la selva, los mares, esas hermosas mujeres, esos viejos que se las saben todas, brujas y brujos, historias, el pescado, el biche, el plátano, el chontaduro. Todo ello lo ata y lo lleva a sentirse orgulloso de su origen, de su condición de afrocolombiano, de chocoano, y a vivir como un *niche*.

La nostalgia por su tierra, el amor que le inspira su hija, y un empujoncito que le dio alguien, lo llevaron a escribir su primer cuento, que tituló *Don Agapito y la niña cafecita*, y que por fortuna resultó finalista en un concurso local, algo que lo llenó de ánimo para escribir otros -lamentando siempre que las historias no salieran directamente de boca de los sabios ancianos chocoanos, deuda moral que espera resarcir en breve.

Luego de culminar su carrera universitaria, y finalizando una carrera técnica complementaria, Geovanny decidió no aplazar más el sueño de regresar a su tierra, trasladándose a Acandí, en el Urabá Chocoano, una bella población ubicada a orillas del mar caribe, bañada por hermosos e incontables ríos, que parece en riesgo constante de ser devorada por la selva, donde adelanta un proyecto de turismo ecológico bastante innovador, buscando, a la par que hacer empresa, aportar un granito de arena al desarrollo de su región.

Luis Fernando Acevedo Ruiz  
Editor



## Presentación

El cuento es un género literario que no solo busca recrear. De una forma u otra, éste mantiene la intención de generar conocimiento. El cuento posibilita conocer a quien heroica y apasionadamente decide escribir, deja al escritor expresar sus emociones y percepciones y enseñar el, o los mundos que conoce, y de libres maneras. A su vez, éste sendero literario propicia una estrecha relación con los escuchas o lectores porque les permite transportarse a esos diversos escenarios, conocidos y desconocidos, y con gran facilidad; le lleva a introducirse en experiencias fascinantes donde la persona, como receptor en últimas, se convierte en el personaje principal.

El departamento del Chocó se encuentra ubicado al occidente de Colombia; es una vasta región rica en todos los sentidos – biodiversidad, selvas, ríos, océanos, minerales, diversidad étnica y cultural – en gran medida abandonada por el Estado, sin eximir de culpas a los dirigentes locales, quienes en su mayoría, históricamente, han hecho gala de la mayor incompetencia y mala fe, obstaculizando la generación de oportunidades para la prosperidad en estas tierras. En gran parte, el Chocó aún permanece selvático; así, goza de abundantes y caudalosos ríos y su alto nivel de pluviosidad lo hace casi inhabitable en muchas regiones, permaneciendo en el mayor aislamiento. Por su carácter inexpugnable y por su abundancia de recursos, fue elegido como destino por los esclavos africanos emancipados. Todas estas características han hecho que sus habitantes sean como entre formidables a la vez





que estoicos, capaces de afrontar con arrojo y tenacidad un medio tan exuberante, fuente de la mitología.

La intención de este texto, aparte de divertir, es proporcionar conocimiento cultural mediante relatos o cuentos. Estos han sido contruidos considerando hechos, situaciones, contextos y personajes reales, a los cuales se les han cambiado sus nombres, para evitar herir susceptibilidades. Se ha resaltado de manera creativa aspectos considerados por muchos como ficción, como la hechicería, la relación directa con el mundo de los muertos, así mismo con el diablo o Satanás. Cabe mencionar que dichos aspectos tomados como mitológicos han sido importantes en la construcción y preservación de la cultura que aquí se aborda. Se espera entonces preservar aspectos propios de la cultura Afrocolombiana del departamento del Chocó, en especial de la zona del Atrato medio.

Es importante traer a colación las complejas situaciones sociales que hace ya bastante tiempo aquejan al país y dentro de las cuales dicha cultura ha permanecido y permanece inmersa: pobreza, indiferencia, negligencia, desplazamiento forzado, violencia (recuérdese el atroz caso sucedido en el municipio de Bojayá, donde en medio de una disputa entre paramilitares y guerrilleros fueron masacradas un centenar de personas, el 2 de mayo de 2002).

Ha pasado el tiempo y, para muchos, si no fuera por los registros periodísticos existentes, este desafortunado incidente sería tomado como fabuloso; algunos ni lo recordarían. Sin embargo, cabe preguntarse ante semejante desastre ¿Cuáles han sido las consecuencias negativas para la conservación de la cultura chocona de Bojayá, Atrato medio y qué estrategias se pueden utilizar para su preservación? ¡No caben dudas! La oralidad, así como la escritura, se establecen como memorias perennes de





la humanidad. Por tanto, a través de estas formas de expresión se puede contribuir considerablemente a tal propósito.

Los diálogos presentados en los cuentos se describen tal cual como lo hacían las personas chocoanas campesinas en el pasado, y como aún lo hacen en algunas zonas aisladas del departamento, donde jamás ha logrado llegar la educación. Se aprecia entonces un idioma español distorsionado; no se olvide que esta lengua no es original del elemento negro; por tanto, es interesante que de algún modo aún se perciba una especie de transición lingüística, donde se perdió la lengua original, pero en muchos casos no se ha logrado depurar la lengua actual, a causa, como se mencionó, de la inaccesibilidad educativa. Se pide entonces a los lectores tener paciencia al comienzo para la comprensión de los diálogos expuestos.

El autor









## Glosario

**Alabaos:** cantos fúnebres propios de la región.

**Biche:** bebida artesanal a base de caña, preparada artesanalmente por los campesinos del departamento.

**Bunde:** tipo de música del departamento, donde predominan los tambores, pero además reciben este nombre los cantos emotivos que se realizan en las calles mientras la gente salta rítmicamente permaneciendo en grandes grupos.

**Barequear:** extraer oro mediante medios manuales, como la batea.

**Baño serenado:** infusión de agua con hierbas que se pone a la intemperie durante la noche y con la cual se baña al enfermo al día siguiente.

**Chirimía:** grupo y/o música propia de la región.

**Champa:** sinónimo de canoa o piragua, es un bote pequeño de madera labrado con hacha.

**Cogida del rastro:** maleficio que se hacía a una persona mediante la huella que dejaba en el piso.

**Cachaloa:** mujer promiscua.

**Filipichín:** sujeto desocupado, charlatán que presume de gran cosa. Se aplica como un sinónimo el término Leguleyo.



**Guatecoco:** especie de mazamorra que tiene como ingredientes coco, nuez moscada, canela, esencia de vainilla, entre otros.

**Huevirayado:** hombre maduro, que ya ha pasado su etapa de niñez.

**Juyera:** mujer alegre.

**Madre agua:** maleficio que se preparaba en los ríos, donde se ahogaba a la persona.

**Mal de ojo:** enfermedad producida por alguien que ejerce mala influencia con su mirada y que suele enfermar a aquellas personas por las cuales llega a sentir atracción. Generalmente los de mayores riesgos son los niños y las mujeres.

**Maranguango:** maniobra o artimaña generalmente relacionada con la brujería.

**Pepena:** abanico tejido en hojas de palma de iraca, con el cual se avivan los fogones de leña.

**Paliadera:** patio o piso trasero que se construye con tablones de madera fina que pueda soportar la humedad, y donde se sitúa el baño y el lavadero de la casa. Generalmente se construye sobre terrenos pantanosos o a orillas de los ríos.

**Sombrero de Cabecinegro:** sombrero elaborado con una fibra natural que recubre los racimos de cierta palma propia de la región.

**Subienda:** época del año cuando el pescado se dirige en abundancia hacia las partes altas de los ríos para reproducirse.

**Tapado de pescado:** plato típico de la zona del río Atrato que consiste en cocinar el plátano junto con el pescado, que con anterioridad se sala y se pone a secar al sol.





## A modo de introducción

Al escuchar de los sucesos extraordinarios que han tenido lugar en las exóticas y lejanas tierras del Chocó, algunos han tomado éstos como mitos creados por mentes fantasiosas. No es de extrañar, entonces, que queden sorprendidos con tan fascinantes historias; que les parezcan inverosímiles los nombres de sus habitantes y de sus caseríos; que no logren comprender la topografía del territorio y cómo es posible que en él se alojen tantísimas y exclusivas especies de animales.

Algunos desconocen que en este lugar llueve como en ninguna otra parte del mundo, y que en esas tierras de gran fertilidad, bañadas por dos océanos y donde se encuentra la mayor variedad de especies de plantas por hectárea a nivel mundial, en la actualidad se mueren los niños de hambre; Cuántos secretos han permanecido ocultos en esas tierras, de manera irreverente escondidos en aquellos inexpugnables montes, ciénagas, ríos, mares, que forman una exuberante madeja; Solo hasta ahora se logran conocer, si bien no todos, algunos de los sucesos con los siguientes cuentos.



## Embarazo

– ¡Querate vo con tu macho que a yo no me hace farta!

– ¡Ve ve! ¿vo cómo e que tas, grandísima cachaloo? ¿a yo cuando te he quitaro marío a vo? Humm... ¡por argo será que te rejó!

– ¡Eto no se quera así... orvirate, que a yo no soy la otra que le rejaste los hijo sin papá. Con a yo sí no, mugrosa, regenerá!


– ¡Sí me lo comí... sí me lo comí ¿ y qué? Y e que eto a vo no te...!

Eran los gritos de insulto que se escuchaban de una casa a otra. El grotesco espectáculo era presentado a causa de la disputa de dos mujeres, Anicasia y Cayetana, quienes compartían al mismo hombre. La primera, ofendida porque, según ella, Cayetana se había entrometido en la relación que sostenía con Protracio Bejarano, por lo que no dejaba de insultar a su contraria cada vez que se la encontraba; y la otra, quien tampoco era una santa, se defendía aunque no hubiera motivos. Protracio, por su parte, permanecía al margen del asunto, no se sabía si por vergüenza, por falta de carácter o por alimentar su ego de macho. De todas maneras no era la primera vez que se presentaba el bochornoso incidente.

– Ve ve muchacho ¡echate pallá!

– Vea ve Protracio ¡pero haga argo, hombre! ¿E qué ute no ve que etas mujeres se van e a matá?





– ¡Sortame... sortame... que me sortés!

– ¡Pero dejen eto, po Dio bendito... Cojan a Cayetana hombe!

– ¡Cuiraro hombe carajo, pero...!

Se escuchaba desde un lado y otro simultáneamente formándose una enorme algarabía. Había muchos entrometidos. Unos cuantos censuraban a Protracio por su pasividad frente al altercado, pues, siendo él el hombre implicado, lo menos que se esperaba de su parte era una intervención para apaciguar los ánimos; mientras, otros persuadían a las mujeres para que desistieran de los revolcones, rasgaduras de faldas y agarrones de pelo que, por cierto, si algo les quedó de éste fue por tenerlo prieto.

El escándalo comenzó en la orilla del río mientras lavaban la ropa, porque Anicasia, hablando con otras mujeres, dijo que cuando el río sonaba era porque piedras llevaba, lo que Cayetana de inmediato tomó como una sátira dirigida hacia ella. De la orilla del Atrato rodaron bajo el tambo de la casa de Máximo Pérez y luego salieron tambaleando y dando volteretas con las pieles completamente rasgadas por sus uñas, sus dientes y diferentes obstáculos con que tropezaron durante la lucha.

Sin embargo, no desistieron. El espectáculo solo acabó cuando las dos mujeres quedaron desnudas por completo. Afortunadamente la vieja Cornelia, en una maniobra casi acrobática, logró eludir a la multitud y entregar sábanas a las enardecidas mujeres para que cubrieran su desnudez.

– ¡Jesú creo en Dio paire! Vean ve muchachas ¿usteres cómo e que se ponen en eto? Parece que no jueran familia hombe.



Exclamaba Agripina, en tono de indignación, al ver semejante trifulca. Y tenía razón, porque las dos fulanas eran primas hermanas; y como en Puerto Conto, al igual que en los otros pueblos del Atrato, cuando no se era primo se era sobrino o cuando no tío, aunque no se tuvieran los mismos apellidos, y no faltó quien asegurara que el mismo Protracio era familia con las peleadas. A pesar de todo y aunque las mujeres calmaron los ánimos, siguieron gritándose cosas cada una desde su rancho.

– *¡Eto no se quiera así... eto no se quiera así no más te rigo.* Concluyó Anicasia.

Y siguieron hablando por largo rato, pero cada una con los suyos tratando por todos los medios de justificar su accionar. Si los enfrentamientos entre las dos mujeres cesaron con el paso de los días no fue más que por el inesperado embarazo de Cayetana; y aunque en muchas ocasiones Protracio negó que se acostara con ella, cuando la barriga comenzó a crecer no tuvo otra salida que aceptar su responsabilidad. Cosa que, por supuesto, enfureció mucho más a Anicasia; pero la preñada, sintiéndose en desventaja por su estado, evitaba cualquier confrontación. Y también su familia, viendo que había un hijo de por medio, comenzó a tomar cartas en el asunto con mayor severidad.

– *Vea ve Protracio, a yo no se uté cómo va a hacé, pero a eta muchacha le responde, y cuiraro pue con pebmití que Anicasia le vaya a hacé argún daño a Cayetana!*

Le dejaron bien en claro no solo padres, tíos y abuelos de la embarazada, como también los familiares de Anicasia, e igualmente lo hicieron los familiares de Protracio. Y era lógico que coincidieran en su propósito, pues sabían que el hombre era un sinvergüenza; trece hijos tenía en total, y con diferentes mujeres; y aunque se podía discutir si era, o no, un hecho de irresponsabilidad, era inadmisibile que éste no se hiciera cargo de sus hijos y menos de las madres de los muchachos. Situación que mantenía la casa de Anastasia y Paternino, madre y padre de Protracio, como





una guardería ¡Pobres viejos! aunque también, viéndolo bien, eran unos alcahuetes ¿Cómo se ponían a criarle los hijos a semejante huevirayado? Por otro lado, no se lograba entender qué le veían de interesante esas mujeres a tal filipichín.

La gestión de las familias ayudó en gran manera a diezmar la problemática sentimental. El embarazo de Cayetana se fue desarrollando entonces sin mayores novedades respecto a los enfrentamientos con Anicasia; aunque no dejaba de haber temor por las amenazas, algunos las consideraban solo habladurías de mujer dolida. Llegados los nueve meses, en espera del alumbramiento los familiares de las mujeres, sobre todo los padres de Cayetana, tomaron todo tipo de medidas. Lo que más temían era que Cayetana fuera a ser tramada, maleficio común por esos tiempos, y letal tanto para la madre como para la criatura.

Justo por esos días, en una mañana de esas veraneras, Cayetana comenzó a quejarse de un dolor en la parte baja de su vientre, mientras se bañaba al frente de su casa.

– *¡Llegó la hora, llegó la hora... ñamen a una partera que llegó la hora!*

Exclamaba un poco asustado Doroteo, quien de casualidad arribaba su piragua cuando vio a la mujer en la orilla del río inclinarse con muestras de dolor.

Cayetana resultó privilegiada porque, para su cuidado, apareció más de una partera, sin contar los yerbateros que permanecían pendientes de cualquier anomalía. La casa de Semproniana y Domitilo, padres de Cayetana, permaneció en cuarentena desde que la hija entró; todos en su interior a la expectativa, no tanto por el nacimiento sino por el temor de que fuera a aparecer alguna escoba atravesada en la puerta de la casa o dispuesta al revés en una de sus esquinas. En esa situación no se sabía qué mal intencionado, y tal vez enviado por Anicasia, llegara con los



pantaloncillos al revés y truncara el parto con semejante trama, condenando a muerte tanto a Cayetana como a su hijo.

Según las parteras, era varón, dado a que la barriga era puntiaguda.

– *¿Y qué tuvo la mujé, que no se ha escucharo ningún llanto?* Preguntó Teodosia, una vecina, gritando desde la cocina de su casa.

– *¡Toravía no!* Respondió Semproniana

– *¡Toravía!... ¿y ya no van tres día? Jesús creo en Dio paire ¿y qué e que ta pasando pue?*

Y claro que había razones para preocuparse, porque la espera era más que suficiente. En realidad, Cayetana en todo ese tiempo no había presentado un dolor considerable. De vez en cuando se quejaba de cierto malestar general y de dolor en la parte bajo de su vientre, lo que las parteras consideraban señal inequívoca y contundente de que el nacimiento era un hecho. La mujer se paseaba de un lado para el otro de la casa con las manos puestas en la cintura y frecuentemente le daban a tomar bebedizos de diferentes hierbas con el fin de dar desenlace al acontecimiento. De tres días de espera pasaron a cinco, diez, quince; un mes, dos, tres meses. Hasta que el yerbatero Bonifacio se pronunció y con un corto, pero coherente discurso, cambió la postura que se tenía ante ese embarazo.

– *Veán ve mujeres, eto ta muy raro: e que eta muchacha ya rebió habé parío... ¡Nunca, nunca en mi vira, con toro lo año que a yo tengo, bía visto un parto tan remorao...*

Y con esto se sacaron rápidamente interpretaciones, así como una conclusión: según parecía, en el inusual caso había de por medio un maleficio. La preocupación se hizo aún más evidente cuando las parteras, quienes eran todas veteranas, coincidían en





que nunca habían presenciado un embarazo de tal magnitud y menos que con tantos días, o más bien meses de retraso, la madre siguiera viva.

– *Ve ve Cayetana ¿vo sí llevá bien la cuenta?*

Interrogaban las comadronas, tratando de encontrar una respuesta lógica al asunto; al no lograrlo desistieron y se apersonaron del asunto algunos brujos, quienes eran renombrados en el Atrato, entre los que se contaban el viejo Eulogio, Agapito y la vieja Emerenciana, quienes por lo particular del caso enfocaron todo su conocimiento en la mujer.

– *¡Carajo, ete e mucho brujo pa raro, a yo veo eto muy delicaro!*


– *Vean ve mi gente, a yo con la erá que tengo nunca bía visto argo así.*

– *¡E que ni en er Bauró pué, aronde a yo traté maleficio re toro tipo, encontré argo como eto.*

Discernían los brujos sobre el asunto. Y, claro está, en medio de tantos interrogantes surgió la pregunta quizás más importante.

– *¡Caaarajo! ¿Pero quién le habrá hecho a eta muchacha semejante mar?*

Desconocían los hechiceros por completo que ese interrogante ya estaba resuelto, pues las lenguas viperinas de Puerto Conto aseguraban, entre murmullos, claro está, que la autora, al menos intelectual, del mal que padecía Cayetana, era su contraria, Anicasia. Y en cierta medida era razonable que algunas personas vieran como única responsable a la mujer, pues Cayetana no tenía ningún otro enemigo en ese pueblo y además las reiteradas amenazas que Anicasia lanzó contra ella se oyeron hasta en la otra orilla del río. A la pobre Anicasia, ya estando enterada, se le acabó la prepotencia, y asustada por el temor de recibir alguna represalia, no hacía sino llorar.



– ¡Ay Santo Ecce Homo bendito. Le juro profesora que a yo no le hecho nara a eta mujé, se lo juro pob mi maire que ta en er cementerio... y que me pabta un rayo si no rigo la vebdá! Exclamó la mujer en medio de su desespero.

Ah, y al oírla algunos de los presentes se vieron tentados a correr para evitar achicharrarse, seguros de que, efectivamente, el rayo iba a caer en ese momento. No obstante Anicasia siguió defendiendo su inocencia, casi al punto del desmayo, arrodillada y prendida de Rosa Elena, la profesora, quien en ese año había llegado a trabajar a Puerto Conto a causa de que éste era el lugar de origen de sus padres. La educadora, de respeto que era y además la persona con mayor grado de educación, se atrevió a pronunciarse sobre el asunto:

– Escuchen señores, y me disculpan si soy inoportuna. En lugar de esperar a que ocurra una desgracia ¿ustedes por qué mejor no llevan a esta muchacha a Quibdó para que la revisen los médicos, a ver qué es lo que tiene? Porque no es normal que Cayetana tenga ya casi dos años con un embarazo. Si lo ven pertinente, ahora que yo me vaya de vacaciones uno de los familiares la acompaña, se van conmigo y llegan a mi casa.

De inmediato se expresó el Viejo Eulogio, rechazando de manera contundente la propuesta. No siendo menos la indignación de sus colegas, los demás hechiceros, e incluso los yerbateros, apoyaron al viejo unánimemente.

– Pero profesora ¿a uté cómo se le ocurre? ¿y lo mérico re cuándo acá saben re eto male? Lo único que a yo rigo e que si a eta muchacha la llevan poallá, la joren hombre ¡se lo aseguro! ¿Cuándo han visto utere que lo mérico eso curan maleficio? U... u... una gente que ni siquiera saben curá una lombrí ni un mar re ojo, ahora van a curá argo como eto, pob Dio bendito. Allá ustere, a yo sarvo mi reponsabilirá.





Y de inmediato recogió sus emplastos, brebajes y demás trebejos, marchándose con evidente disgusto; y tras él, Agapito y la vieja Emerenciana. Así, quedó el pueblo dividido en cuanto a la problemática, con decir que en esos últimos días la profesora Rosa Elena comenzó a sentirse incómoda porque no se hicieron esperar los pujos y las miradas de reojo cada vez que ella iba o venía de la escuela. Sin mentir, hasta hubo muchachitos que dejaron de asistir a clases por orden directa de sus padres. Por otra parte, Protracio no era ajeno a la situación; pero, como siempre, en esta ocasión no se sabía de qué lado estaba.

A pesar de la polémica, el viaje fue posible, pues los padres de Cayetana, viendo que en Puerto Conto no había solución al inusual embarazo, decidieron considerar la propuesta de la profesora Rosa Elena, más por decepción que por fe. El día en que partió la profesora junto con Semproniana, Domitilo y, por supuesto, Cayetana, eran las horas de la tarde. Como de costumbre, se aglomeró la gente a orillas del río; en esa ocasión, más que por enterarse de quien llegaba en *La Bellavista*, la embarcación, por despedir a Cayetana. Hubo unos pocos que lo hicieron llenos de esperanza; los demás, prácticamente, le echaron la bendición y de paso ignoraron por completo a la profesora Rosa Elena.

– *Vee, eta muchacha ya no vuerve.* Sentencio Cornelia, con tono de desilusión.

No era de extrañar que, en su mayoría, estuvieran preparándose anticipadamente para la mortuoria, como fue el caso de quienes separaron de una vez el dinero que les correspondía dar, para cubrir los gastos generados tras su muerte, según la costumbre.

– *Vieja Uba ¿y uté paonde va?*

– *Poallá aronde Petronio, a conseguí un vestiro re medio luto.*



– *Vea ve ¿y quien murió, que a yo no he ecucharo nara?*

– *Hombeee ¿y e que ute no sabe lo re Cayetana? ¿Eta muchacha cuando se sarva?*

Era la conversación que sostenía doña Uba con Estanislao, un día después del viaje de Cayetana.

Por cierto, todos esos preparativos y comentarios tenían a Anicasia sumida en la angustia; con decir que no comía ni dormía, abatida por el peso de esa muerte que llevaba encima. Sinceramente su apariencia era peor que la de su contraria; flaca, demacrada y como ida, parecía que iba a ser la próxima difunta.

– *¡Aaatención, aaatención! Se informa a los familiares de la señora Cayetana Muñoz González, en la ciudad de Cali, que anoche, desafortunadamente, doña Cayetana falleció en la ciudad de Quibdó, capital de El Chocó. Que descanse en santa paz su alma y que Dios llene de consuelo y fortaleza a sus familiares...*

La noticia fue emitida por la emisora de radio La Voz de Chocó, ocho días después de la partida de la enferma. Ni se sabe quién escuchó el aviso, pero de inmediato regó la noticia de la lamentable muerte de Cayetana. Enseguida se fueron formando los grupos para hablar de lo buena que era, otros más diligentes hacían gestiones para la organización del velorio y, por supuesto, los llantos no se hicieron esperar; incluso Anicasia estaba que se ahogaba ¡Quién lo creyera! Aunque hasta tenía razón, porque al fin de cuentas esa muerte se la achacaban a ella.

El asunto se fue aclarando cuando Máximo, quien ese día trabajaba en inmediaciones del río Murrí, llegó al pueblo.

– *Vean ve mi gente ¿y aquí qué sucerió?*

– *¿Y e que uté no sabe que Cayetana murió?*





– *¿Cómo? Dio mío bendito ¿y... y... y a ronde ta?*

– *Noo, toravía no la han traíro. Jue que avisaron pob la rario, hombde.*

Explicó alguno, que ni tiempo hubo de reparar en quién debido al impacto de la noticia. Y Máximo, entre incrédulo y sensato, preguntó:

– *¡Vean ve! ¿Ete no jue er aviso que pasaron pob la Vo der Chocó como a eso re la doce der día?*

– *Si señó, ahí jue que avisaron.*

– *Y... y... y ustere pob qué e que no paran eso oiros bien. Esa era una mujé re Cali. A yo oí eta noticia en er monte, hombde pob Dió.*

Y ahí fue que se creó la mayor confusión en cuanto a si era cierto, o no, el deceso de Cayetana la de Puerto Conto. Entonces alguien, cuyo nombre no recuerdo, sudando aseguraba que su muerte era un hecho, pues según él con sus propios oídos se había enterado del acontecimiento directamente de la primera fuente.

– *Pero cómo me van a riscutí hombre. Antonce, según ustere, ¿a yo soy un embustero que voy a ta jugando con una cosa tan relicara? Eso si no puere se.*

Afortunadamente, en medio de la algarabía y el caos, nuevamente se escuchó en la radio:

– *¡Atención, atención!...*

– *¡Rejen pue la bulla...que rejen a ve la bulla, carajo, a ve si ecuchamo argo!*

– *Se comunica a los familiares de la señora Cayetana Muñoz González en la ciudad de Cali, que...*



Tan solo escuchando los apellidos se aclaró el asunto, pues Cayetana, la de Puerto Conto, era Perea Mosquera.

– *Vean ve, ¿y quién fue er que salió con toro eto, ah?*

Preguntó una vieja, pero nadie aparecía como responsable; y el que sudando lo aseguraba, ya ni estaba por ahí. Anicasia, por su parte, volvió a la vida porque esa pobre sí era la que estaba muerta con semejante noticia; sin embargo, como era lógico, no dejó de estar en zozobra, así que siguió llorando y rezando, oculta en su cuarto. Después de un mes y algunos días de haberse presentado la confusión con la noticia radial y en el momento en que menos se esperaba, se vio asomar a *Don Pancrácio* por las cabeceras del pueblo, en la curva que daba el río, al tiempo que anunciaba su arribo con el sonido de su estruendosa bocina. La llegada de una lancha al puerto nunca dejaba de representar un gran suceso y provocar el mayor revuelo, así fuera para dejar un bulto.

– *¡Va a arrimá, va a arrimá!* Gritaban con el entusiasmo de siempre los niños, los eternos vigías del puerto.

Y claro, la gente, especialmente ese día, se fue acercando a la orilla del Atrato con gran expectativa. Alguien alcanzó a distinguir desde lejos a la profesora Rosa Elena, lo que incrementó la ansiedad, y aunque se la veía riendo, lo que se notaba a leguas por el contraste de sus dientes blancos con su hermosa piel oscura, al avistador dizque le pareció que lloraba, por lo que exclamó:

– *¡Ay hombde, re vebdá jue que murió Cayetana, ahí la traen!*

Y cundió de inmediato la tristeza. Con el anuncio y contrario a la costumbre, aunque casi toda la gente del pueblo permanecía parada en la orilla del imponente río Atrato observando el arribo de la embarcación, no se escuchaba algarabía, no se veían los





hombres animados para el cargue y el descargue de víveres y maderas, tampoco se escuchaba gritar a las mujeres ofreciendo los vendajes de cucas y panelas chocoanas. Las que sí gritaban sin cesar, aun sin ver el cadáver, eran Teodora, Arcadia y Zotela, tías de Cayetana.

– *¡Ay no, nooo Dio mio!...*

– *¿Pob qué, pob qué Dio mío? ¡Ay mi muchacha!...*

– *¿Pob qué te juite...pob qué?...*

A la lancha aún le faltaban unos cincuenta metros para llegar al puerto, cuando el marinero que estaba sobre la proa, alistando los cables para asegurar la embarcación a tierra, se percató de los lamentos y gritó con su acento cartagenero:

– *¡Bájale, báaajale. Aguanta Colombia, que aquí en Puetto Conto como que murió alguien, Oooye... errrdaaa muñeca e burro compae!*

Como era de esperarse, a la profesora Rosa Elena se le desdibujó la sonrisa de sus labios, sumándose a la angustia Cayetana, Domitilo y Semproniana. Los viejos por poco no desembarcan, porque a ambos les dio tembladera y tuvieron que ser auxiliados por los marinos con agua de azúcar. Como pudieron salieron los tres, madre, padre e hija y la profesora casi se cae en la rampa, al salir de la lancha aturdida por la zozobra,

– *¡Ay Dio santo! ¿y quien jue que murió, hombde?*

Sacó ánimos y preguntó uno de ellos. Pero en respuesta se toparon con el asombro de toda la gente y se oyó exclamar:

– *¡Dio mio bendito! ¿y eta no e Cayetana!*



– ¡Oooigan, vean ve, a yo no lo puero cree!

Y en medio de la sorpresa alguien preguntó:

– ¿Antonce qué era lo que tenía Cayetana?

Sumándose de inmediato a los interrogantes un despistado:

– ¿Y su muchacho aronde e que ta pue?

– *Vea ve ¿cuar muchacho?* - Se apresuró a explicar Semproniana - *¿uté no ta viendo que lo que Cayetana tenía en su barriga era un jorúnculo?*

– ¿Un qué?

– ¿Y eso qué e?

La gente se confundió aún más de lo que estaba, pues la mujer intentaba utilizar términos médicos, desconocidos para todos, principalmente para ella.

– *Pue que er dotó rijo que toro eto le había comenzaro a Cayetana como una meroplasia.*

– ¿Una quéee?

Justo antes de que ocurriese quién sabe qué tragedia debido a la confusión, la profesora Rosa Elena intervino, manejando el asunto con elevada pedagogía. Maestra al fin y al cabo, extendió arriba sus brazos, moviéndolos levemente a los lados, intentando llamar la atención de la multitud al borde del colapso, para evitar que ocurriese una mayor fatalidad.

– *Sileeenciooo, por favor hagan sileeenciooo. Hagan silencio ¿sí? Doña Sempro quiere decir que Cayetana no tenía en su vientre un hijo, ni mucho menos una hechicería; simplemente*





*era un tumor alojado en sus ovarios. Tumor que los doctores, en el hospital de Quibdó, le extrajeron, le sacaron, por medio de una operación.*

El murmullo de sorpresa de la multitud se escuchó en el puerto exactamente como cuando el río estaba crecido. Y entonces la maestra Rosa Elena continuó, agitando de nuevo los brazos para llamar al silencio:

*– ¡Ajá, mi gente! ¿y a dónde están don Eulogio, don Agapito, doña Emerenciana y los demás, que ya daban por difunta a Cayetana? Pues los saludo y de paso les doy la buena noticia: aquí está Cayetana, vivita y coleando gracias a los doctores de Quibdó, que sí saben, y mucho, porque para eso estudiaron.*

Claro está que la maestra quería restregarles en sus propias caras a los brujos y yerbateros su ignorancia y el fatal error en el que estuvieron a punto de incurrir. Pero de ellos, ni el rastro; no se sabía dónde estaban y por muchos días no se les vio la cara. Quien sí descansó fue Anicasia, bajándose de encima el peso de esa muerte. En cuanto a Protracio, es mejor no hablar.







## La Condena

Sepan cómo la maldad ha existido desde siempre y en diferentes lugares. Prueba de ello son todas las perversidades que se dieron en el Chocó, en la región del Atrato, a manos de Mistriate Mena. La verdad, no se logra entender cómo en una tierra como esa, tan pacífica y donde predominaban la disciplina y el respeto, pudo haber nacido una persona de tan mal proceder. Y es que por aquellos tiempos a los padrinos había que besarles la mano y pedirles la bendición de rodillas, no importando la edad que uno tuviera.

– *Bendición Pairino.*

– *Bendeciro ahijaro.*

Sin ser menos el respeto por los demás adultos; con decir que cuando había una conversación entre ellos, los muchachos se tenían que ir alejando.

– *Ve ve ete muchacho ¿y vo de qué me ve la cara a yo? ¿e que vo no tas vigiando que eta e una conversa re viejos? ¿vo pob qué no te va poallá a jugá o a hacé oficio mejó?*

Claro, es que nada más el hecho de estar mirando a la cara a un adulto mientras sostenía una conversación con otro era considerado un irrespeto. Y qué decir si en algún momento un distraído muchacho contradecía la palabra de una de tales eminencias. Tal osadía significaba inexorablemente un severo castigo, tuviera o no el muchacho la razón. Peor ofensa si éste, huyendo de los azotes, corría para salvar su pellejo, porque hay que decir que, generalmente, le quedaba vuelto nada, sobre



todo si quien propinaba la pisa era una mujer, pues ella era extensa en su castigo y aumentaba la tortura con una, más extensa y fastidiosa aún, dosis de cantaleta. Con razón todo muchacho quería crecer y hacerse hombre o mujer a la menor brevedad posible, pues la disciplina era extrema.

Aun así, aunque Mistriate sufrió toda clase de castigo, ninguno lo pudo corregir. Todo lo contrario, cuanto más crecía, más agresivo y grosero se volvía y no hablaba sino de matar. Tan alarmante era su comportamiento que los ancianos de Puerto Conto daban por hecho que el día menos pensado el diablo se lo iba a llevar, cosa que había sucedido en más de una ocasión con otros muchachos que, si bien eran groseros, no se acercaban ni poquito al retorcido carácter de Mistriate, que no era persona de fiar. Con decir que un día, siendo aún adolescente, por poco asesina a Guadalupe, su propio padre y solo porque lo regañó cuando inmisericordemente se burlaba de la bamba de don Timoteo.

*– ¡Vea ve Guarapo, carajo! ¿y e que uté, hombre, se va a hacé matá re ete condenaro muchacho?*

Tal fue la forma en que uno de los hombres que presenció el acto, prácticamente regañó a don Guadalupe ante su impavidez, cuando Mistriate, sin medir consecuencias, se le abalanzó con un machete a cortarle la cabeza. Cometido que de seguro hubiera logrado si no es por la intervención de los presentes. Viéndose acosado, el agresor corrió a la selva.

*– ¡Arrenuncio a Sataná, maunífica animasmea... a yo no bía visto, verdareramente, que ete mundo de vebdá se va e a acabá!*

Exclamó la vieja Zotela, cayendo de rodillas con las manos sobre la cabeza, y luego, cual santo Papa en peregrinación, besó la tierra. No siendo menos la perplejidad de





los otros viejos. Y qué decir de Ubertina, la mamá de Mistriate; desde ese momento la pobre señora comenzó a enfermarse, era incontrolable su ansiedad y no había día en que no se le alterara la presión. A pesar del descontento, la gente en Puerto Conto esperaba que apareciera el fugitivo. Obviamente tenían todo preparado para recibirlo. En el sitio que menos se esperaba, estaba oculto un rejo de cuero de vaca; así mismo, estaba fraguado el plan para someterlo y arrodillarlo sobre granos de maíz después de la fueitera, y hasta por tiempo indefinido.

Sumado al deseo de dar un escarmiento al endemoniado muchacho, y con todo lo contradictorio que pudiera parecer, era evidente la preocupación generalizada por la situación de aquel en la selva, pues todos sabían lo peligrosa que era, no solo por lo inhóspita, sino también por las feroces bestias, extrañísimos espantos y demás misterios que albergaba; cosas que, sumadas, prácticamente no ofrecían posibilidad alguna de sobrevivir a ella, tratándose de una selva como ninguna otra, porque al menor descuido estaba ya casi adentro de las casas, ávida de atrapar a las personas.

De todos esos terrores, al que más temían era que el diablo se lo fuera a llevar. Al comienzo la gente pensó que Mistriate andaba merodeando cerca del pueblo, pero al ver que pasaba el tiempo y no se tenían noticias de su paradero, la alarma fue creciendo.

Así, al tercer día después de la agresión del muchacho hacia su papá, unos cuantos osados (o locos, tal vez) decidieron aventurarse a la espesura de la selva, con el firme propósito de rescatarlo. Adelante iban el viejo Puyoyo y la vieja Cornelia, padrinos del desaparecido, que rezaban sin cesar temiendo lo peor. Les seguían hombres armados entre quienes, a pesar de todo, iba Guadalupe, su padre. Pero infructuosa resultó la temeraria jornada; durante ocho días, con sus noches, estuvo esa gente recorriendo la selva con su gran pericia, escudriñando casi todo el medio Atrato, sin



obtener el mínimo rastro de Mistriate. Por tanto, y aunque la conducta del joven era completamente reprochable, todo el pueblo se dio al dolor, pues en lo profundo de sus corazones albergaban la esperanza de ver algún día a Mistriate redimido de sus culpas, comportándose como un hombre de bien.

De algún modo la llegada de junio fue un aliciente para llenar el vacío, sobre todo de los familiares de Mistriate. Durante los primeros días de este mes se acostumbraba hacer una gran fiesta en Bellavista, la cabecera municipal de Puerto Conto. De manera que, en su mayoría, los habitantes de los diferentes pueblos del Atrato Medio acudían a ésta zona para compartir y divertirse. Se bailaba al ritmo de las Chirimías, se hacían competencias de canoas, carreras de encostalados, se competía en el Brinco del Sapo y en El Comelón, torneo éste que llamaba mucho la atención.

Fue en él precisamente donde uno de los tres finalistas pasó un tremendo sofoco. Queriendo impresionar al público se metía el pescado por un lado de la boca y sacaba las espinas por el otro, de manera simultánea, maniobra propia de los expertos en comer bocachico. El hombre, de seguro por el afán, perdió el control de la situación y terminó atragantado con una espina, y si no es por el viejo Bonifacio, quien lo socorrió con un secreto de esos que solo él sabía, tontamente el hombre se hubiera despedido de este mundo. Y es que le hicieron de todo: que agua para beber, que trozos de plátano para tragar, que golpes en la espalda, y mientras más intentos el pobre perdía más el aire y brotaba más los ojos.

Resuelto el asunto, lo que hacía unos minutos había sido un terrible susto, se convirtió en risas y burlas, y el antes atragantado, lucía después enojado, hasta que todo volvió a la normalidad, como si nada hubiera sucedido. En la competencia prosiguió Laureano, quien en una sentada se comió un kilo de papa cocida; un kilo





de yuca; dos bocachicos, donde el más pequeño sobrepasaba los cincuenta centímetros; un kilo de arroz; ocho plátanos maduros y una totuma de jugo de borjón. Pero todo eso no fue suficiente, porque también se comió lo que dejó el indio Canuto, su contendor, después de lo cual preguntó a los espectadores:

– *Vean ve ¿y ustere no piensan comé? Hummm, antonce se van e a joré.*

Y es que Laureano, aunque no lo crean, no se había saciado aun. Pero, de un momento a otro, en un instante, el apetito se le desapareció cuando un hombre de entre la multitud le gritó:

– *¡Oiga, uté sigue comiendo y le hago botá esa comira po arriba y po abajo, y póngala como quiera!*

Todo el mundo se quedó perplejo. Claro, aunque esa era una zona campesina de gente con un nivel bajo de estudios, no se acostumbraba a faltarle el respeto a nadie de esa manera y menos en una competencia que se hacía sólo por diversión, por pasar el tiempo. Pero al tipo que gritó nadie parecía conocerlo.

– *Vean ve mi gente ¿y ete quién e? ¿arguien conoce a ete señó?*

– *A yo no.*

– *A yo tampoco.*

Preguntaban y respondían unos y otros, sin obtener respuesta alguna; en medio de la turbación, unos tipos que habían llegado de Tagachí, indignados por el oprobio, sacaron machetes y quisieron arreglar las cosas por las malas. Pero los más ancianos intervinieron, apaciguando los ánimos. Mejor las cosas, las mujeres se dispusieron a servir otra tanda de comida; uno que otro fueron acomodando en las mesas botellas



de aguardiente y biche y con estos los músicos preparaban los clarinetes para seguir tocando.

Desafortunadamente la música quedó inconclusa, así mismo la comida y los otros preparativos, porque cuando Ubertina se topó con el desconocido e importuno hombre, quien momentos antes por poco daña la fiesta, soltó los platos y se desmayó. Toda la gente se aglomeró, hasta que, como siempre, el yerbatero Bonifacio se acercó y todos le fueron abriendo camino, sin tener este que modular una sola sílaba.

Después de halarle un pie, una mano, los dedos y exponer su cara al vapor de una olla con agua caliente que contenía menta, albahaca y hierbabuena, la mujer poco a poco fue recuperando el conocimiento.

– *¡Ayy miiiijo, mi muchacho! ¡Aaay mi muchacho, pob Dio bendito!*

Y se levantó como desubicada buscando a Mistriate. Por un momento, la gente pensó que había perdido la razón y se creó una gran confusión porque todos hablaban a la vez, de manera que no se entendía nada de lo que se decía.

– *¡Caaarajo, mi gente, rejen ya esa bulla a ve! ¿E que ustere no tan oyendo lo que eta bendita mujé ta riciendo? Gritó el viejo Bonifacio, creando en el ambiente un silencio total.*

– *¿E que no tan viendo que er inopobtuno ese era er minmísimo Mistriate, hombde?*

Sí señor, era el mismísimo Mistriate, casi seis meses después de haberse perdido en la selva. Y era lógico que, de entrada, no lo reconocieran, porque el cambio que tuvo fue abismal, e inexplicable que se diera en tan corto tiempo.

– *Dio mio bendito, a yo no lo puero creé.*





– *Pero si ete hombre tiene barba, ta grande y habla ronco.*

– *¿Y...y... y eto como ha siro? ¿Será que ete muchacho hizo parto con er diablo? Hummm.*

En ese momento surgió todo tipo de especulaciones y casi al instante, cuando quisieron percatarse, el hombre iba en una canoa rio arriba, hacia Puerto Conto, sin importarle que la mamá hubiera quedado en tan lamentable estado después de reconocerlo. Como era de esperar, en la fiesta quedó un gran sinsabor, así que poco a poco la gente se fue apaciguando. Finalizado todo, cada cual se fue a su caserío de origen a continuar con sus labores, unos a la pesca, otros a la mina y otros a la siembra. Sin embargo, en Puerto Conto las cosas no serían del todo igual.

Nadie se atrevió a reprender a Mistriate; parecía que el acto irrespetuoso, o más bien el intento de asesinato que meses atrás había tenido lugar con su papá, era cosa del olvido, pues eso ni se mencionaba. No había padrinos, tíos, mamá, papá ni ningún otro adulto que refutara y los rejos que en principio permanecían colgados junto a las puertas de los ranchos, tapados dentro de ollas y debajo de faldas y camisas en espera para propinar el severo castigo, desaparecieron.

Era evidente que había un temor colectivo. Irónicamente, los adultos, más rigurosos con la disciplina, evitaban a toda costa tomar cartas en el asunto, y no era para menos; el cambio de apariencia tan abrupto de Mistriate era intimidante y ¡qué decir de su actitud!, pues lo hacía ver mucho más peligroso. Sumado a lo anterior, perturbaba la intriga que se generaba al pensar cómo había logrado sobrevivir durante varios meses en tan inhóspita jungla.

Y es que para sortear con vida tal experiencia solo había una explicación, pues, por más diestro que fuera un hombre en esa selva, el riesgo de perecer era inminente.



¡Es que ni los cazadores! Con toda la pericia y conocimiento sobre la selva, a lo sumo alcanzaban a soportar unos cuantos días inmersos en esos lugares ¡pero no meses! Y aclarando que siempre andaban acompañados.

Si la persona no era quebrantada por la gran humedad, era seguro que fuera devorado por alguna de tantas bestias; con decir que fácilmente hasta los mosquitos podían exterminar a un intruso en cuestión de minutos. Eso sin mencionar los misterios sobrenaturales. La sola impresión de verse en un lugar tan abrupto era a veces causa del deceso.

Claro, a no ser que en una situación tan desfavorable el más afortunado -ó más bien desafortunado-, se encontrara con el diablo, cosa que no era difícil, y lograra de algún modo negociar con él.

En todo el Chocó fueron muchos los casos de hombres que le vendieron su alma al maligno al verse en peligro de muerte, como también hubo algunos que, ambicionando fortuna o poderes del más allá, optaron por el pacto sin medir las consecuencias.

Así entonces, todo parecía indicar que Mistriate había hecho fuertes lazos con Satanás; incluso antes de internarse en la selva algo había, que la gente no lograba explicar.

La primera persona que intentó tener un acercamiento hacia él fue Ubertina. La señora, tratando de persuadirlo, diligentemente preparó una chicha, pues ella sabía lo mucho que le gustaba y mientras el hombre disfrutaba de la bebida intentó sutilmente interrogarle.

*– Miiiijo ¿y uté con quien jue que tuvo en toro ete tiempo? ¿Ute cómo e que se pone con eta celebrará con su papá? Eto no tuvo nara bien, pob Dio santo.*





Pero fue interrumpida de tajo.

– *¡Vea ve mamá, a yo no me riga nara sino quiere ve ar mirmísimo riablo!*

A la pobre Ubertina no le quedó más opción que distanciarse. Y es que no fue solo la manera como el hijo le respondió; en su mirada era evidente su mala intención. En adelante, en la casa de la familia Mena no hubo tranquilidad. Bastante sufrieron Teodora y Eudosa, porque a Mistrata no le importaba que fueran sus hermanas para maltratarlas cada vez que le daba la gana; unas veces les daba plan, otras puño e incluso en varias ocasiones intentó abusar de ellas sexualmente, cosa que jamás se había visto en esas tierras.

No crean: a pesar del temor la gente en el pueblo muchas veces intentó tomar la justicia por sus propias manos, pero les era imposible sobreponerse al temor; hasta los más valientes temblaban. Y razón tenían porque Mistrata, cuando se enfurecía, se veía enorme y parecía botar candela por los ojos; en tal estado no tenía consideración ni con los niños, menos con los ancianos o familiares suyos.

Pero ¿qué se podía esperar después de lo que intentó hacer con el papá y de lo que le hacía a las hermanas?

Algunos juzgaron duramente a Tarsicia, la hija de Nicodemo Pérez, quien terminó siendo compañera sentimental de Mistrata. Cosa incomprensible, porque era obvio que esa relación no se había dado a sincero gusto de la muchacha ¿Qué resistencia podía tener la pobre ante semejante tipo? ¡Ninguna! Y eso, todos en Puerto Conto, lo sabían.

Y ¡ay si le fue mal a esa pobre cristiana! Hummm, para qué les cuento. En fin, fue precisamente por los maltratos impartidos por Mistrata a su indefensa compañera que a éste le comenzaron a llegar sus castigos.



– *Ve ve Tarsicia: hacé el favó y te va a costá ¡pero e ya mimitico!*

Le ordenó Mistriate a su mujer. Inexplicable, porque siendo navidad, donde todo el mundo estaba contento, ¿cómo era que una muchacha como ella se iba a acostar a las tres de la tarde solo porque a él le daba la gana? Lo que no le gustó fue que ella bailaba una Chirimía con el papá, cosa que acostumbraba a hacer el señor con su hija desde niña. Nicodemo, sintió que la sangre le hervía, pero considerando el dicho “en pelea de marido y mujer nadie se debe meter” se limitó a permanecer en silencio.

La sabia actitud de Nicodemo Pérez no fue suficiente para apaciguar la ira del yerno, porque éste, al ver que Tarsicia no le obedeció de inmediato, lleno de indignación se le abalanzó con un machete. Por fortuna, Ubertina, quien también disfrutaba de la música, cayó de rodillas en el medio suplicando clemencia por la nuera. Sin embargo Mistriate no se detuvo, le propinó tal patada a la mamá que de la orilla, la mandó al Atrato. Tarsicia tuvo entonces tiempo de correr y tras ella el señor Pérez, en tanto el marido le daba machete a una raíz pensando que era su mujer, pues es verdad que la ira ciega.

La gente corrió a sacar a Ubertina del río para que no se fuera a ahogar. La señora, maltrecha, entre quejidos alcanzó a exclamar:

– *Santo Ecce Homo bendito, consereme er favo re que ete muchacho no vueroa a levantá esa pata.*

Y miren ustedes cómo son esas cosas de la fe, sobre todo cuando se piden con justificación, porque al otro día el favor se le comenzó a conceder.

– *Hombe caraaajo ¿eto que e qué a yo como que no me puero ni mové?*





Murmuraba preocupado Mistriate. El hecho es que al llegar la tarde el hombre andaba rengueando con un dolor que inexplicablemente le invadía hasta la cadera y al día siguiente prácticamente ya no se podía levantar. Como pudo, trató de ir a buscar a Bonifacio, pero el viejo se percató y, de un momento a otro, se inventó un viaje dizque hacia los lados del bajo Atrato, creo que a Napipí. Tanto fue su afán para evitar al endemoniado que se fue de noche y a canaleta. Pasaban los días y el curandero no regresaba, así que Mistriate cada día se iba poniendo peor, hasta el punto que ya andaba era arrastrado y no hacía sino quejarse.

Pero tal estado no fue motivo para que éste hombre cesara su maldad, porque fue precisamente allí cuando comenzaron a conocerle artimañas más siniestras. Fue mucha la gente que murió por esos días en el Atrato a causa de Mistriate. Cuando no era con una *madre agua*, era porque le *cogía el rastro* a cualquier cristiano ó mandaba un tábano para que aniquilara a quien él deseaba. Justamente una de sus víctimas con este maleficio fue su ex mujer, quien después del incidente del baile se marchó y nadie sabía de su paradero, pero un día llegó la noticia de que un tábano la había matado por los lados de Santamaría la Antigua del Darién. Se supo que era obra de él porque se reía en medio de su penosa condición, mientras la familia de la pobre muchacha lloraba. Y es que gozaba haciendo el mal.

Mayor fue su gozo cuando se enteró de que en el bajo Atrato había aparecido una divinidad curando toda clase de males; se trataba de un desconocido que viajaba en una balsa y, sin usar canaleta ni ninguna otra clase de artefacto, iba río arriba ¡contra la corriente; cosa que era todo un misterio y motivo del mayor asombro. No solo en Puerto Conto, sino en todos esos caseríos del Medio Atrato, la gente esperaba con ansiedad la llegada del hombre. Se supo por una gente que viajaba en una lancha que el “santo” estaba cerca, pues se había despedido de Vigía del Fuerte, el pueblo más cercano. Los navegantes daban testimonio de cómo había sanado a algunos de



ellos tan solo frotándoles un barro; incluso uno de los hombres, conmovido, comenzó a llorar.

No mucho después, de repente divisaron al hombre a lo lejos, parecía flotar y en un abrir y cerrar de ojos, lo vieron en la orilla. La gente se fue aglomerando y la divinidad bendecía a unos y otros. En el instante curó a Anacleto de unos males que, parecía, eran brujería; también curó a Sinforosa, una pobre mujer que había nacido ciega; igual hizo con Uclinio, el hijo de Florentino. En fin, el santo para este pueblo fue una bendición.

Luego de muchas curas milagrosas realizadas por el santo, casi sin aliento llegó a rastras Mistriate, quien suplicó:

– *Aaay, aaay señor... cúreme po favó.*

El santo sin preguntarle su nombre le dijo:

– *Mistriate, toma esa vasija y tráeme agua del río.*

– *Ay señor, a yo no puero caminá.* Respondió el enfermo de una manera lastimera.

– *¡Que te levantes, te digo... tráeme el agua!*

Y de repente Mistriate se levantó con tal vigor que fue corriendo a buscar el agua. Después de haber hecho semejante hazaña, la divinidad le dijo:

– *Mistriate, siéntate allí.*

– *¡Si señor!* De inmediato respondió.





– *Mistriate, bien has dicho que no puedes caminar; porque si tu, estando postrado, haces tanto mal ¿qué no estuvieras haciendo si caminaras? Es cierto, tú no puedes caminar y así, sentado, te vas a quedar.*

Aunque nadie dijo nada en el momento, no fue propiamente por la perplejidad que provocó tal acontecimiento. Es que había una mezcla de temor y alegría en medio de los habitantes de Puerto Conto y, de cierta manera, tales sentimientos de satisfacción no eran condenables, pues todos sabían que Mistriate era un engendro del mal, lo que el divino sanador ratificó. Después de esto el hombre se fue río arriba, de la misma manera como llegó. El que sí quedó devastado fue Mistriate, pues luego de la partida de la divinidad sus dolencias se incrementaron como nunca antes.

– *¡Aaay, ay, ay... humm, humm!*

Fueron gemidos de dolor que se volvieron constantes. Durante casi cinco años sufrió Mistriate esa condición, hasta la hora de su fallecimiento, momento que, como era de esperar, fue traumático; el hombre estuvo agonizando por más de una semana y, según algunos de los más veteranos, su agonía se debía a tantas cosas negativas que sabía y a su relación con Satanás, lo que no le permitía morir en paz. Si la gente no ignoró el suceso de su muerte fue sólo por acompañar a los viejos Ubertina y Guadalupe y no por el muerto. Ellos, por su parte, y aunque era algo extraño, más que tristeza especialmente lo que sentían era tranquilidad, a pesar de que el difunto era su hijo.

En tal evento no hubo una sola lágrima en el pueblo, al menos no de tristeza, cosa que jamás se había visto porque en esos tiempos y lugares no había otra cosa que conmoviera más que despedir para siempre a alguien. Y es que la gente se criaba como familia. Tanto era así que los gastos que implicaba enterrar a alguien eran



cubiertos por todos; cada uno ponía su centavo. En el caso de Mistriate, aunque así se hizo no se compartió sentimiento de pesar alguno.

Se preparó todo para el velorio. La casa de la familia Mena era espaciosa y de fácil acceso para aquellos que llegaban de otros pueblos, pues quedaba al pie del río. Sin embargo, los visitantes de otras localidades fueron más bien pocos. Sí fueron llegando los rezanderos y los cantores de alabaos, como también algunos preguntando por café y pan, con la disposición de jugar una que otra partida de dómimo en el intermedio de los rezos, como era costumbre.

Eran como eso de las cuatro de la tarde, cuando el señor Guadalupe preguntó:

*– Vean ve mi gente ¿y qué hora e que son? ¿usteres pob qué no prenden etos mechones que ta tan oscuro? A yo no veo nara, nara.*


Y alguien le respondió:

*– Apena son la cuatro re la tabdde, señó Guarapo. Lo que pasa e que va como a llové.*

Efectivamente el cielo estaba, más que gris, negro, y casi en el instante comenzó a llover, pero a cántaros, acompañada la fuerte lluvia de truenos, relámpagos y vientos tan fuertes que hacían crujir los árboles en las montañas. De un momento a otro la casa se llenó de gente a causa de aquellos distraídos que la utilizaron para protegerse de la inesperada tormenta. Y es que bajo esas circunstancias poco importó quien fuera el muerto. Sin embargo, de poco les sirvió la improvisada medida.

La tempestad se hizo tan abrumadora que la casa comenzó a traquear y el agua a entrar por las hendidias. Las paredes, que eran de palma se fueron aflojando y el techo de paja literalmente se desbarató. En medio de este caos los únicos que parecían guardar la calma, aparte del difunto, eran los rezanderos, que intentaban parar la





tempestad a fuerza de padres nuestros, sin tener resultado alguno. Por poco el difunto queda solo y a merced de los vientos, pues en su mayoría corrieron hacia un lado y otro, desapareciendo en el inhóspito ambiente.

– *Dio mio bendito ¿pero eto qué e?*

– *Cristo santificaro ¿y qué e que vamo a hacé?*

Los pocos que quedaron, acompañando más que al difunto, a sus padres, ya viéndose en la intemperie y abatidos por la zozobra no pudieron hacer otra cosa que refugiarse con todo y ataúd en la casa más cercana, la de Silverio Palomeque. Ah, pero si el dueño hubiera siquiera intuido algo..., porque en el acto la tormenta se incrementó y la casa también fue destechada, con lo que el temor ya se convirtió fue en puro pánico.

– *¡Santo Ecce Homo bendito, eto parece cosa re er mirmísimo riablo!*

– *¡Hay Dio santo bendito, hata aquí jue que llegamo!*

Y ya se unieron a los rezanderos otros que hasta ateos eran:

– *Paidre nuestro bendito que ta en lo cielo, santificaro sea tu nombre... Dio te sarve María, llena ere re gracia, er señó....*

Y en medio de ese apocalíptico fervor, alguien exclamó:

– *¡Vean ve mi gente, no se queren ahí! Echemo pa la casa re mi comaire, que ella no no va a rejá morí.*

Ni recuerdo de quien era la casa, pero sí que por esos tiempos era la única en Puerto Conto que tenía techo de zinc, motivo por lo cual pudo de algún modo resistir,



dando gracias a Dios también que en esos momentos la tormenta fue cesando. Fueron así tres casas las que se ocuparon para el velorio de Mistriate y dos de ellas quedaron prácticamente destruidas por completo. Sinceramente el difunto parecía no querer descansar ni dejar descansar a la pobre gente del pueblo. Ah, ya me acordé: esa casa era de Meregilda Córdoba, la promotora del pueblo.

Al otro día, siendo sábado, la gente aún consternada por lo sucedido dispuso, a eso de las diez de la mañana, dar cristiana sepultura al difunto, y aunque a unos pocos les pudo más que el rencor el miedo, y decidieron quedarse en sus casas, la mayoría se embarcó en las canoas rumbo al cementerio. Ese, sin duda, fue un entierro peculiar; la gente parecía querer terminar con prontitud el evento, remaban como si el difunto estuviera en un estado avanzado de descomposición o como si le fueran huyendo a algo o a alguien.

Irían, si mucho, por la mitad del trayecto, cuando de repente el cielo comenzó a oscurecerse como en la tarde anterior y al instante se largó un torrencial aguacero, tronaba, relampagueaba y azotaba el viento, tanto que, por unos momentos el río Atrato pareció convertirse en el agitado mar del Golfo de Urabá. El susto se incrementó cuando, de repente, una sombra enorme con forma de pájaro se asentó sobre el ataúd abruptamente, como queriéndoselo llevar en sus garras y dejando en el ambiente un hedor desagradable e indescriptible. Los hombres que conducían la canoa, antes de que la sombra despegara el vuelo, alcanzaron a lanzarse al agua, pero por fortuna eran diestros nadadores y cuando los vieron nuevamente fue en el pueblo, después del inusual entierro.

Justo cuando la gente temía lo peor, el clima comenzó a mejorar y la mañana se iluminó con un resplandeciente sol, como si en ningún momento se hubiera presentado un suceso tan macabro. Los acompañantes del difunto, aunque se fueron





sintiendo aliviados con las cosas vueltas a la normalidad, aún no lograban salir del asombro y si antes se trasladaban con afán, con el último suceso se incrementó mucho más la ansiedad. Apurados, llegaron al cementerio y, aunque muy extraño, todos querían colaborar: mientras unos sacaban tierra con las palas, otros lo hacían con las manos. No faltó también quien propuso que dejaran el ataúd sobre la superficie del camposanto y se regresaran.

Ya se disponían a echar la tierra sobre el féretro pero, como dicen desde tiempos inmemoriales, *una madre es una madre*: hubo que atender la petición de Ubertina cuando, conmovida, quiso ver a su hijo por última vez, cosa que retrasó el fin del ritual dado que el ataúd había sido clavado como para nunca destaparlo. Pese a ello, tras grandes esfuerzos lograron abrirlo. Pero, oh sorpresa para ella y para todos los presentes al destapar el ataúd.

– *¡Dio santo bendito! ¿y eto qué e?*

– *¡Jesú creo en Dio paire... Arrenuncio a Sataná!*

– *Pero mi gente ¿y qué se hizo er dijunto?*

Sorprendentemente ¡el cuerpo de Mistriate ya no estaba!







## Anuncios de una muerte inesperada

Ese día era Domingo, así que Merejo tenía la intención de dormir un poco más que en los días de trabajo, días en que madrugaba, cuando no a las minas, a cultivar plátanos, o simplemente por costumbre. Aristóbula, su mujer, confundida, creyendo que era lunes o quien sabe qué día, se levantó a preparar café, siendo aún de madrugada. Él, entre dormido y despierto, sentía cuando ella soplabla el fogón con la pepena, sonido que lo fue arrullando hasta hacerlo dormir por completo. Sin embargo, su sueño se vio perturbado por un escalofrió que le estremeció hasta los huesos y de repente sintió que alguien se sentó junto a sus pies.

Al principio pensó que era Aristóbula, pero notó que no era su ligero cuerpo, que estaba mucho más pesado de lo acostumbrado e incluso la cama traqueó. Fue entonces cuando, luchando contra el adormecimiento, abrió los ojos a medias, a pesar de lo cual vio claramente una sombra, cuya figura, por supuesto, no logró distinguir y que súbitamente se levantó y salió del cuarto en dirección a la paleadera. Intentó gritar, pero sentía la lengua pesada, al igual que su cuerpo, así que se quedó inmóvil por un breve lapso de tiempo, tiempo que le pareció una eternidad.

*– Merejo, ya er café etá, pob si va a tomá.*

Le dijo su mujer al pasar la puerta de la habitación. A pesar de que aún permanecía a oscuras, ella notó, con la tenue luz que ofrecía la veladora derretida casi por



completo, la palidez de su rostro; cosa extraña, no tanto por lo opaco del ambiente sino por ser él un hombre de tez bastante oscura. Aristóbula, confundida, se acercó un poco más.

– *¡Merejo, Merejo!*

Lo llamó, apoyándole las manos en su musculoso pecho y moviéndole en busca de una pronta respuesta. Estaba frío por completo y, de no ser porque la mujer percibió el latir de su corazón, hubiera jurado que estaba muerto. No se le ocurrió otra cosa que embutirle un trago de café, mientras le apretaba la nariz, para que se viera obligado a tragar. Por fortuna, con esta improvisada maniobra, Merejo reaccionó. Sin embargo, aún no podía hablar. Pese a ello, alcanzó a hacer una señal de alto con su mano derecha cuando Aristóbula intentó correr en busca de ayuda.

– *¡Ay hombre, arguien se va a morí!*

Exclamó Merejo, con un opaco y tembloroso tono de voz. Por un momento Aristóbula quedó confundida, pues no había visto a nadie más cerca de la muerte que a su propio marido. Él le preguntó entre exaltado y aturdido, que si no había visto pasar la sombra hacia la paleadera, pues obligatoriamente tenía qué haber cruzado la cocina.

– *¿Cuar sombra, Merejo?*

– *¡Pue la sombra que casi me mata, mujé!*

Le aclaró con un poco más de ánimo, tal vez por compartir la experiencia. Parecía increíble que Aristóbula no se hubiera dado cuenta de nada, estando a escasos metros, pues la casa no era grande y aparte de eso tenía hendijas por todos lados. Pero así era como esas cosas solían suceder en ese territorio, y ella lo sabía.





Tal vez por lo mismo, mientras el marido le fue relatando lo sucedido la sobrecogió el temor. Comenzó a pensar en su familia, sobre todo en Anastasia, su mamá, a quien, con tan avanzada edad, la mantenían acosada los achaques y, más que eso, porque la vieja, ante cualquier malestar, anunciaba su muerte, cosa que sucedía casi todos los días, por lo que los habitantes de puerto Conto se mantenían en vilo con tal situación. También pensaba en Paternino, su papá, quien a su edad, y casi ciego, no dejaba de andar pescando en el Atrato. Y pensaba en sus sobrinos, en sus tíos, en fin, en su perturbada mente todos eran eventuales candidatos a los caprichosos designios de la muerte.

Ni siquiera con el incidente que ella misma había presenciado semanas atrás, sintió tanta angustia. Quizás por el mismo susto no se dio cuenta de la magnitud del asunto, porque después de ese incidente todos en el pueblo daban por hecho un fallecimiento. Vean ve mi gente, cómo las cosas pueden cambiar de un momento a otro y cuando uno menos se lo espera; lo digo porque nadie en Puerto Conto pensó que la parranda de ese sábado iba a terminar tan abruptamente a causa del susto de Aristóbula. Esa noche, cuando la chirimía estaba en todo su furor, ella se acercó a Merejo y le susurró al oído, y no propiamente por el fuerte sonido de los clarinetes. El marido se sonrió maliciosamente.

– *Bueno mi genteee, a yo me voy.*

Ahí sí habló en voz alta.

– *Pero comaire ¿pob qué? si la cosa ta tan buena.*

Preguntó uno de los que acompañaba la mesa.

– *E que a yo me siento como mariara con ete biche y er sueño me ta rominando.*



Según Aristóbula, no podía con los ojos, cosa rara porque ella era una mujer acostumbrada a tomar licor; es más, en ocasiones hasta en mayor proporción que los hombres. De todas maneras se levantó rápidamente. Algunas de las mujeres que se encontraban presente, pensaron que iba al baño o algo así, pero Anacleta, quien estaba a su lado, alcanzó a escuchar cuando le dijo a Merejo:


– *No te remorés, allá te espero.*

De manera que la mujer, algo indiscreta, dio a entender con la mirada todo lo que sucedía, y esto lo acompañó de un pujo, impregnando de mayor malicia la escena. Pero vean ustedes que, en gran medida, era comprensible la prisa de Aristóbula, porque después de estar amacizada con su marido, moviéndose al son de la Chirimía y con el alcohol dominando su cuerpo y sus sentimientos, era normal que le provocara... hummm... quién sabe qué... ustedes entienden. El hecho fue que la mujer se despidió.

Y tras ella se disponía a ir Merejo, como estaba dispuesto. Se acercó disimuladamente a donde don Agustín, dueño del bailadero, y le preguntó cuánto dinero se debía. Después de pagarle salió discretamente por una de las puertas traseras de la enorme casa, evitando así ser visto por sus compañeros. A simple vista no se entendía el comportamiento de estos dos cristianos, si eran marido y mujer. Es que parecían adolescentes. Si querían irse a disfrutar de su intimidad ¿por qué simplemente no se despidieron de los presentes sin ningún inconveniente?

La cuestión era que les daba algo de vergüenza a causa de sus reiteradas separaciones, periodos donde cada cual se emparejaba con otro. Y es que aún no se olvidaba la acalorada discusión que meses atrás había sostenido Merejo con otros hombres, porque, según él, cuando una mujer era infiel a su marido era debido a *limitaciones* del hombre en la intimidad, pregonando a los cuatro vientos que era





imposible que Aristóbula pensara en tener un amante porque, según se ufanaba, no había otro como él; incluso sacó de su mochila unos dibujos explicando que existían en el mundo setenta y dos posiciones sexuales y él se había inventado cinco que aún nadie conocía ¡Tremendo! ¿Ah?

Lo irónico fue que solo pasaron quince días después de ese alegato para que, con sus propios ojos, viera a su mujer en brazos de otro y en su propia cama, cayendo por tierra la teoría que tan denodadamente había sostenido. Tal incidente por poco le cuesta la vida, porque intentó suicidarse en varias ocasiones; de no haber sido por los brebajes y los baños de hierba que le fueron suministrados por más de un yerbatero, hubiera logrado su cometido. Por todo lo anterior, la pareja buscaba aparentar ante la gente que lo de ellos era una mera amistad, y que si vivían juntos era tan solo por comprensión.

En realidad Merejo no alcanzó a salir del bunde que tenían en el patio, cuando escuchó los gritos de su mujer y aunque los demás tardaron un poco más en percatarse de ello a causa del bullicio que mantenían, al ver que merejo salía corriendo como alma que llevaba el diablo, corrieron detrás de él, en un acto reflejo, sin estar seguros de cuál era la causa de semejante carrera.

– ¡Aaay... ayúrenme, auxiliooo, auxiliooo, ayuuúrenme...!

No paraba de gritar Aristóbula mientras corría.

– ¡Dio mio bendito... ve ve eta mujé! ¿pero qué fue que te pasó pob Dio santo!

Alcanzo a gritarle el marido, tal vez más asustado que ella a causa de la incertidumbre, pensando mil cosas en fracción de segundos: sería una gran bestia, una mordedura de serpiente, un incendio, en fin, a Merejo se le puso la cabeza



grande de ver que hacía tan solo minutos la mujer le había hecho proposiciones románticas y ahora era incomprensible su estado.

Apenas pudo encontrárselo y se prendió de él, temblando tanto que sus dientes no paraban de castañetear y estaba completamente fría. Por fortuna Merejo era un hombre fuerte, porque casi al instante de llegar a sus brazos la mujer se desvaneció por completo. La gente no sabía qué hacer y por ayudarla por poco la matan, porque todos se aglomeraron en pos de ella, a tal punto que el aire le era escaso.

El consabido buen samaritano, que no ha de faltar en tales ocasiones, en medio de la confusión corrió en busca del viejo Bonifacio, el yerbatero más prestigioso del que se haya tenido noticia en el Atrato. Nadie se explica cómo el anciano, a quien algunos le calculaban mucho más de cien años de edad (apoyándose en su asombroso dominio de dialectos africanos), logró llegar al sitio donde estaba la mujer, antes que el samaritano regresara, lo cual sólo corroboraba sus especiales dones.

Al llegar, se le hizo calle de honor hasta la desvanecida y el anciano le detalló las pupilas. Como solía suceder no se supo cómo logró descubrir la causa del susto y posterior desvanecimiento de Aristóbula. Es que estando de noche y alumbrado tan solo con mechones, donde incluso en ocasiones se hacía difícil distinguir a la otra persona aun estando a pocos metros de distancia, parecía imposible poder ver el enigma en los ojos de la asustada mujer. Pero bueno, ¡estos viejos saben tantas cosas que uno no alcanza a imaginar!

– *Veán ve mi gente, a eta muchacha la asustó jue un arma en pena. Ete e arguien, que se va a morí.* Dictaminó Bonifacio. – *Háganse poallá, hombe, renle aire que ya ta vorviendo en sí.* Ordenó luego.





Ya consciente, y fortalecido su ánimo por la compañía de tanto interesado en el asunto, Aristóbula develó el enigma que los tuvo en ascuas durante tanto rato.

*– Vean ve mi gente, a yo iba dentrando ar cuarto y en la cama había un muebto metiro en su ataú. Hummm, pero a yo der susto no arcancé ni a vele la cara ¡Aaay santo Hecce Homo bendito, a yo nunca bía visto semejante cosa tan mierosa.*

No bien terminó la mujer de contar lo sucedido, cuando ya regresaban de la casa los curiosos, incluyendo a Merejo, por supuesto. Sin embargo, no encontraron ningún vestigio del muerto, lo que desconcertó a todos los habitantes del pueblo. Para tranquilidad de todos los presentes, Bonifacio explicó con lujo de detalles todo en cuanto a ese tipo de sucesos. Todos se amontonaron a escuchar al viejo, quien al final sentenció:

*– Hombe mi gente, arguien en ete pueblo se va a morí prontico.*

Cada uno de los que escuchaba entró en zozobra, pensando en sus seres queridos y, por supuesto, la mayor turbación la representaba contemplarse muertos a sí mismos. Sin embargo, el temor pareció desaparecer con la distracción que ocasionó la llegada de Emeterio a la casa de doña Gumersinda Perea, donde permanecían todos expectantes. Todo se tornó en risas cuando el recién llegado, quien al parecer tenía el propósito de comprar unos panes, aprovechó la distracción de Pedro Pablo, marido de la dueña de la casa, e intentó robar unos tamales de arroz que se habían dejado minutos antes sobre la mesa.

Por desgracia para Emeterio, fue descubierto en su acto, ante lo que Pedro Pablo le echó manos y comenzaron a forcejear. Y la cosa parecía más que una lucha un baile; hablaba el uno y hablaba el otro, el uno se iba para adelante y el otro para atrás, se iban para un lado y se iban para el otro, el uno quería sacudirse y el otro quería



apretujar; saliendo en tan brillante sincronía más perjudicado el ladrón, porque como se metió los tamales bajo la camisa y estaban muy calientes, recién bajados del fogón, ¿se pueden imaginar ustedes lo que le pasó?. Y como la gente en el Atrato acostumbraba a sacarle son a todo incidente jocoso con una facilidad impresionante, de ahí en adelante solo se escuchaba:

*Sortame Pablo, mi barriga tas quemando*

*Sortame Pablo mi camisa tas rajando*

*Sortame Pablo que la champa va agua bajo*

*Sortame Pablo la, la, la...*


Quedando atrás el incidente de Aristóbula. Incluso ella, siendo la implicada directa, se arrastraba de la risa en el piso de madera; con decir que alcanzó a orinarse. Pero no solo ella, otras mujeres quedaron en el mismo estado y la mayoría de los hombres y muchachos casi ni podían permanecer en pie. Todo allí era un estridente *ja ja ja*. En esos momentos la casa parecía un circo y el pobre Emeterio, como pudo, se esfumó en su piragua.

– *¡Ay carajo! ¿no será que ete pobre seño e er que se va a morí?*

Exclamó en forma de pregunta Aristóbula a Merejo, refiriéndose a Emeterio, como anhelando que el muerto no fuera un familiar suyo.

Y efectivamente, después del chistoso incidente, y muy vergonzoso para Emeterio, el pobre resultó enfermo, ¡y de gravedad! Era tan delicado el asunto que la gente ya no contaba con él. Varios yerbateros, incluyendo –cómo no- al anciano Bonifacio y otros que eran familiares del enfermo pero vivían en Munguidó y llegaron a Puerto Conto al enterarse de su repentina enfermedad. Todos intentaban reanimarlo por





diferentes medios, pero ni los emplastos, ni los bebedizos, ni los baños serenados lograban hacer efecto.

– *Ve ve ¿y nosotros qué tenemos que ver con Emeterio pa que no eté asutando?*

Le respondió Merejo a su mujer, ya sentado en la cama al lado de ella. En ese momento Aristóbula, por alguna razón, se sintió culpable, recordó lo mucho que se había reído viendo humear la barriga de Emeterio, tratando de evadir a don Pedro Pablo. Aunque también pensó en que todos los que presenciaron la escena habían hecho lo mismo, así que alivió sus culpas.

Después de la perturbadora experiencia de Merejo con la sombra, tanto él como Aristóbula comenzaron a tomar medidas al respecto, todas ellas por recomendaciones de los más ancianos, algunos yerbateros, uno que otro brujo y, claro está, no faltó el viejo filipichín que opinara como si conociera sobre el asunto. Todas las noches la pareja se colocaba la ropa interior al revés, colgaron arriba de la puerta de entrada al rancho una mata de Anamú y, por supuesto, no faltaron los padrenuestros. Y resultaron efectivas las maniobras, porque los dejaron de perturbar las visiones.

Sumado a ello, pasaban los meses y no se moría nadie, porque Emeterio de tanta persistencia de los yerbateros, no se sabe cómo se fue aliviando, y la vieja Anastasia seguía quejándose y profetizando su muerte.

– *Aaay mi gente, re vebdá que re ete día no arcanzo a pasá.*

– *Aaay, hummm hummm, hata aquí llegué.*

– *Aaay mijo, despirámono pobque ya no nos vorvemos a ve...*



Justamente esas fueron las palabras que le dijo a Merejo esa tarde en que él se desvió de su camino para saludarla.

*– Ay hombre suegra, reje re ta riciendo esa cosa, que a uté lo que le quera e mucho tiempo en eta tierra.*

Le respondió, haciendo caso omiso de los anuncios y siguió a jugar dominó hacia la parte baja del pueblo. Y es que esos lamentos eran algo tan reiterativo que para los habitantes de Puerto Conto se habían convertido en algo cotidiano. Ya de vuelta a su casa, Merejo tomó la calle principal; se complacía en la hermosura de la noche, pues la luna llena estaba espléndida, hasta se veía la vegetación de la otra orilla del río con tal claridad, que por momentos se podría decir que estaba alumbrando el sol, pero sintiendo un frío arrullador. Y qué decir del brillo que reflejaban las aguas del río Atrato en medio de ese silencio acogedor que, de cuando en cuando, se veía interrumpido por el sonido que emitían insectos y ranas, solo posibles de escuchar en altas horas de la noche.

A pesar de tan agradable panorama no pudo haber nada más oportuno para Merejo que encontrar una buena compañía. Y cual más adecuada, si dicen que el mejor amigo del hombre es el perro y mucho más en esos inhóspitos lugares donde estos animales hacen parte de la familia. El cachorro le jugueteaba por un lado y por otro, ladrándole y meneándole la cola. Merejo, a su vez, le silbaba y chasqueaba sus dedos.

*– Fui fui fui ... tic tic tic...*

Lo que animaba mucho más al animal para seguir el juego a la vez que avanzaban en el camino. Merejo, ya no muy distante de su rancho, no supo en qué instante el cachorro desapareció. Incomprensible, porque lo tenía en frente y en esos momentos





ni siquiera espabiló. Estupefacto, sintió la cabeza enorme, tanto que quiso dar un paso atrás y no pudo; no obstante logró gritar, tan fuerte que fue escuchado por todos en el pueblo y hasta el sueño de los que dormían se vio perturbado.

– *¡Aaay, aaay, ay Dio mio bendito ¿ete qué tentación e? ¡Aaay, aaay...!*

En el acto la gente estuvo a su alrededor, incluyendo los más pequeños; pero la primera en llegar fue Aristóbula, quien por costumbre no lograba conciliar el sueño mientras el marido estuviera fuera de la casa, por lo que de inmediato reconoció su voz.

– *¡Dio mio bendito ¿pero qué jue que le pasó a ete hombre?*

– *¿Pero qué e que tiene Merejo pob Dio?*

– *¿Pero qué jue pob Dio santo?*

La gente no dejaba de preguntarle. Hasta que el hombre, por fin, tomó aliento.

– *Veán ve mi gente, a yo no sé qué resgraciario e que me ta asustando. Usteres pueren créé que a yo venía caminando cuando un animal se me apareció y re repente...*

Con lo que se comenzaron a sacar conclusiones, surgiendo nuevamente la preocupante idea del futuro difunto. No en vano diferentes brujos del Medio Atrato se interesaron en el asunto, pues según ellos esa era un alma en pena con ganas de joder, en especial a Merejo y su mujer y que había que darle su merecido mandándola al más allá, antes de que fuera a hacer algún daño, no solo a la pareja, sino a cualquier desprevenido ¿Qué tal si le daba por perturbar a algún recién nacido, ah?



Algunos de estos hechiceros fueron a la casa de Merejo y quemaron hierbas en su interior, rezaron en las esquinas, cruzaron agujas y recomendaron a la pareja dormir con prendas de color rojo. Sin contar las otras cosas extrañas que hicieran con unos frascos y unas velas y que nadie se explicaba qué eran. Los otros, por su parte, se veían andando por tierra y por agua haciendo uno que otro maranguango.

*– No se priocupen, ya con ete trabajo que le hemo hecho no jore má. Con eto sí lo rejamo jorío!*

Sentenciaron los brujos unánimemente. Cosa que fue un alivio para todos en el pueblo, pero más, claro está, para Merejo y Aristóbula. Ella permanecía callada respecto al asunto, pero él no dejaba de renegar, maldiciendo al bendito muerto en la mínima ocasión que se le presentaba.

*– Vea ve Merejo, uté ya reje eso. Coma tranquilo hombe, ya eta gente se encargaron der aparato ete, no se mortifique ma.*

Aconsejó Aristóbula mientras desayunaban un sabroso tapado de quícharo, pescado que a él tanto le gustaba, por lo que, después de terminar con el primer plato, Merejo repitió el potaje, sin dejar de cantaletear al anónimo difunto. La mujer, perturbada por la verborrea, se levantó, aprovechando la situación para organizar la cocina; así que literalmente lo dejó hablando solo, aunque desde la cocina seguía escuchando sin pronunciar palabra.

*– ¡Agraaa, agraaa, graaa, graaa...!*

De repente Aristóbula notó la distorsión en la perorata de Merejo. Confundida, se asomó dirigiendo la mirada rápidamente hacia la mesa. Merejo ya tenía los ojos brotados, los pulmones sin aire y botaba espuma por la boca. Ella intentó auxiliarlo





pero el incidente no dio tiempo de nada, el hombre cayó de la silla atragantado, ¡muerto! a causa de una enorme espina del Quícharo que comía.

– *¡Aaay Dio mio bendito, ¿pob qué... pob qué? ¡Aaay Merejo, pob qué te juite? Ayy noooo*

Se lanzó Aristóbula enloquecida hacia la calle, gritando y llorando sin cesar. Y la gente, alterada y a la vez confundida, corría para uno y otro lado preguntándole:

– *¿ A ronde ta, a ronde ta er muebto?*

Y la mujer, sumida en el dolor, respondía:

– *¡Allá, allá, allá en la casa, allá en la casa... Ay hombe, no puere se eta trageria!*

Y no faltó quien dijera:

– *¡Caaarajo mi gente, pob fin cayó er condenaro. ¡Y re mañanita!, e que ya taba muy descararo. Casi que no reja rescansá e eta pobre gente!*



## En las manos del diablo

Entre especulaciones mantenían los habitantes del Medio Atrato, y en especial de Puerto Conto, la situación que padecía Plutarco Mosquera. Y es que aunque trabajaba día y noche, el hombre permanecía sumido en la más extrema pobreza. Se sabía con toda certeza que no se trataba de un caso de avaricia, sobre lo cual se especuló en algún momento; pero sus más cercanos, quienes mejor le conocían, aseguraron siempre que no lo era.

Si bien en el territorio no había gente adinerada, hasta los muchachos prosperaban en sus siembras o con la mina y no faltaba quien conseguía algún ingreso aprovechando la subienda de pescado. Pero lo de Plutarco, por decir lo menos, era mucho menos que precario. Todo le salía mal. Que estaba salado, era desde hacía rato el rumor que se aceptaba sobre él, y no sólo en el Puerto.

Y es que en una ocasión tuvo un incidente relacionado con este tipo de maleficio, aunque no se supo quién, ni por qué motivo, le quiso perjudicar. Una madrugada, al salir a trabajar, Plutarco casi pisa la sal que le regaron justo al pie de la puerta de su rancho. Afortunadamente alcanzó a suspender el pie en el aire y, mediante algún tipo de acrobacia instantánea, logró evitar el contacto con tal elemento. Según Agripilda, una mujer conocida por su vasta experiencia en el manejo de éste tipo de embrujo, de haber pisado la sal, el mal ya no hubiera tenido remedio. Es que el mencionado maleficio era tan agresivo que aún y como se presentaron las cosas, la





señora tuvo que trabajar haciéndole sesiones de limpieza durante casi un año. Con lo que, según ella, Plutarco había quedado completamente libre de la mala suerte.

Con esto, algunos comenzaron a atribuir la situación de Plutarco a su vida desordenada. Porque si bien era un hombre tímido con las mujeres, tal vez por su misma situación, si algo lograba conseguir con gran dificultad, el ingreso siempre terminaba invertido en biche, aguardiente o tabaco. Pese a eso no se puede decir a ciencia cierta que ese comportamiento fuera la causa de su precario estado económico. Había qué entender que la gran mayoría de los hombres en el Medio Atrato frecuentemente se metían sus borracheras, otros hasta mujeriegos eran y el que no, era adicto al juego, y en ningún caso se encontraba a alguien tan en la inopia como Plutarco.

Hasta un hombre solitario era, porque vivía en las afueras de Puerto Conto, hacia la cabecera, y en un rancho bastante escueto; si no fuera porque se mantenía con el hacha y el machete de un lado para el otro, cualquiera diría que era un perezoso. Aunque en parte lo era, porque ¿cómo no iba a tener tiempo Plutarco para organizar su aposento y evitar dormir en esas condiciones, casi que en el suelo, con goteras y hendijas por todos lados? ¡y qué decir de su vestir! Ciertamente que el territorio era inhóspito, pero nunca para vivir así.

– *Vean ve mi gente, verdaderamente e que la plata le huye ar pobre.*

– *¿Y... y... y uté pob qué e que rice eso, Zotela?*

– *Ah bueno, papá Nico, ¿e que uté no ve la situación re ete pobre hombre?*

Dijo Zotela a su padrino, el viejo Nicolás. Y él, a su vez, le respondió:



– *E que eto no e así nara má miiija. Tenga en cuenta que Prutaco no e cosa buena. Y... y... y cómo e que le va a di bien en la vira a una pebsona re tan má proceré, mija.*

Y eso no lo pensaba solo el viejo Nicolás; muchas personas coincidían en lo mismo, sobre todo las de mayor edad, quienes habían presenciado algunos actos reprochables de Plutarco Mosquera. Y no es que los jóvenes no lo supieran, solo que -ustedes han de entender- con los años generalmente las personas se hacen más sensibles, más reflexivas y más respetuosas de los demás y de la vida, cualidades que Plutarco nunca había tenido porque, según parece, desde muy pequeño había aprendido la maldad de algunos personajes, familiares suyos, de los cuales los ancianos de Puerto Conto preferían no hablar.

– *Vean ve, que Dio me pebdone pero siquiera que ete hombre se murió.*

– *Ete resgraciaro se rebe ta quemando en los infiebnos. Bien mereciro se lo tiene.*

– *¡Ay Dio santo bendito! Ve ve muchacho, callá esa boca. Eta condenara mujé era la purísima mardá.*

Eran siempre las referencias que se daban por parte de una y otra persona sobre aquellos familiares que habían incidido en la manera de ser de Plutarco, y eso pues que, según se dice, todo muerto es bueno. Fue tanta la mala influencia que Plutarco, aun siendo muy joven, cometió sus primeros asesinatos y sin ninguna justificación. Es que la pérdida de un cuchillo no era motivo para acabar con una familia.

Eso fue lo que hizo Plutarco con Dominico, un indígena quien era amigo suyo, y por ahí derecho acabó con mamá, papá, hijos, hermanos y hasta sobrinos del pobre hombre.

– *Vean ve, ¿quién re usteres me cogió er cuchillo re aquí?*





Preguntó Plutarco, cuando entró a la cocina de la casa de Dominico, pues entraba a su rancho como si fuera suyo, dada la confianza de la amistad. Nadie supo dar respuesta del bendito cuchillo, lo que intempestivamente enfureció a Plutarco, quien echó mano a un machete, abalanzándose contra todos y cada uno de los integrantes de la familia que se encontraban en la casa. Esta fue una masacre como nunca se había presenciado en el Atrato; diecisiete en total, entre adultos y niños. Y pensar que el tal cuchillo, motivo de su furia, lo tenía entre la mochila que llevaba siempre terciada. Ah, pero ni remordimiento le dio al percatarse de ello.


– *¡Ay carajo... qué orviro! ¿a yo cómo era que tenía la cabeza?* Fue lo único que dijo.

Después de semejante atrocidad algunos quisieron denunciarlo ante las autoridades en la capital, pero pudo más el miedo causado por el cruel acto; aparte de eso no dejaban de pensar en la clase de familia que tenía el asesino, pues eran casi todos brujos. Es más, también hasta a los que estaban muertos les guardaban recelos, por lo que en últimas desistieron y se dieron mejor al olvido. Y es que aun así lo hubieran hecho, dudo que alguna autoridad se atreviera a ingresar en tan espesa selva; al menos no por esos tiempos. Así las cosas, ese terrible crimen quedó impune; como quedaron otros, que aunque la gente no tenía pruebas fehacientes -por la manera tan extraña como se presentaron-, se sabía sin lugar a dudas que Plutarco era el autor. Tal fue el caso de doña Teodora.

– *Vea ve hombre Prutarco, no me vaya a hundí la piragua.*

Fue tan solo lo que le dijo la vieja desde la puerta de su casa. Pero a él no le gustó porque de inmediato le respondió y no en buenos términos.

– *¡A yo no me riga nara, vieja pendeja; a yo paso sobre ete piazo re champa cuando me re la gana!*



La señora, como de respeto era, intentó imponer la autoridad, pero él la interrumpió prácticamente con una sentencia.

– *¿E que uté etá e arrepentirá re la vira? ¡Ahora verá lo que le va a pasá!*

Y no fue juego. Plutarco se lanzó al agua desde la misma piragua de la señora. A la gente le pareció extraño el comportamiento, y mucho más extraño que pasaba el tiempo y el hombre no aparecía. Por su puesto, comenzaron a darlo por ahogado. Es que ¿qué ser humano va a resistir tres horas bajo el agua, sin respirar? ¡Ninguno! Sin embargo, transcurrido ese tiempo la cabeza de Plutarco emergió. Hasta el más optimista lo hubiera esperado tieso, pero nada más lejos de la realidad; el hombre salió burlándose, por supuesto. En el acto la vieja Teodora comenzó a jadear, sin poder respirar. Fue cuestión de minutos para que estuviera muerta ¡Qué maleficio!

Mediante ese tipo de sucesos tan inusuales dejaron de existir algunos inocentes en Puerto Conto; Puyoyo, el viejo Máximo, Reineria, Estanislao; en fin, para qué seguir enumerando.

A propósito, justamente en Máximo, su bisabuelo, pensaba Silverio mientras recogía unos borjós de la finca que el viejo le había dejado en su testamento, que, por cierto, en esos tiempos se hacía de palabra. Pero sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando se percató de la presencia de Plutarco, quien afortunadamente no lo vio, y si no lo hizo fue precisamente porque el muchacho, asustado, se escondió en medio de unas matas de Pringamosa. Ya se pueden imaginar cómo le quedo la piel, pero en tales circunstancias eso poco importaba.

Rato después, como pudo llegó al pueblo contando que había visto a Plutarco en el monte hablando con un desconocido, un hombre alto y bien parecido y que cuando hablaba emitía un eco.





– *Ve ve Silverio ¿y ete quien puere se? ¿Antonce re verdá vo no lo conocé?*

El muchacho insistió en que jamás había visto a ese personaje. Los viejos, atando cabos por las descripciones, llegaron a la conclusión que era el padre de Plutarco. Lo inexplicable era que el señor se había muerto hacía muchos años. Pero cuando Silverio siguió con su relato, el asunto se fue aclarando.

– *Vean ve, a yo oí que eta gente hacían como unos compromiso. Plutarco le recía al hombre que taba cansaro re sé pobre y re andá sin mujere y ete señó le ofreció la tierras, la plata y la mujeres. Pero Plutarco como que le tenía qué entregá er alma, no sé re quién. ¡Oigan mi gente! Y a yo er miero casi me mata cuando ete señó se resapareció y rejó toro oliendo a podriro... y... y... y, a yo no sé si a yo vi ma, pero me pareció que hata tenía cola.*

Concluyó, jadeando, el muchacho.

– *¡Maunífica ánimas mea. Arrenucio a sataná! vean ve mi gente, ete era er mismo riablo.*

Y la noticia pasaba de boca en boca, mientras la madrina de Silverio alardeaba de que si el diablo no se lo había llevado era gracias a que momentos antes de él ir a recoger los borjós, ella se lo había encontrado y le había concedido la bendición. Y el pobre, más asustado con todo lo que estaba pasando, no se despegaba de la falda de la mujer.

Ese incidente tomó mucha más fuerza a los pocos días, cuando la vida de Plutarco comenzó a cambiar. De un momento a otro y sin saber cómo, el hombre se fue convirtiendo en un terrateniente, extendiendo sus propiedades a todo el Medio Atrato y, con ello también comenzaron a aparecer mujeres que, a decir verdad, la gente en Puerto Conto nunca se imaginó. Eran cinco las que vivían con él y en la misma casa. Todo esto constataba lo que había escuchado Silverio respecto a las negociaciones de Plutarco con el desconocido, o más bien, el diablo.



Plutarco Mosquera tenía tierras, dinero y mujeres, lo que ayudó a que los hombres de esa región también comenzaran a andar tras él, unos por interés, otros por necesidad. Una gran cantidad de hombres, e incluso muchachos, encontraban su sustento trabajando en las tierras del ahora don Plutarco. Algo que, como estaban las cosas, resultaba completamente comprensible. Lo extraño sí fue que después de dos años de estar laborando en las propiedades del nuevo patrón, los trabajadores comenzaron a perderse sin ninguna explicación aparente.

El primero fue Antonino, quien después de haberse ido a quemar un monte para sembrar un cultivo de arroz, por orden de don Plutarco, claro está, nunca más lo volvieron a ver. Tan solo encontraron sus pertenencias, pero ningún rastro de violencia o algo que indicara que algo le hubiese ocurrido. En circunstancias parecidas desaparecieron Uclinio, Agripildo y Cipriano y eso era con frecuencia, cada seis meses. Pese a ello a Plutarco parecía no importarle nada de lo que sucedía; al contrario, parecía complacido con las muertes. Y digo muertes, porque ¿qué otra cosa se podría pensar?

Aunque la gente no dejaba de cuestionarse, no solo por el extraño suceso de las desapariciones sino también por la manera como Plutarco se había convertido en un hombre rico de la noche a la mañana; parecía que, en su mayoría, los pobladores del Medio Atrato estaban completamente manipulados por el poder del hombre. Incluso algunos de los que sabían lo que Plutarco había hecho con sus familiares, no sabían en donde lo ponían.

– *Don Prutarco ¿le traigo café?*

– *Don Prutarco ¿le prendo er tabaco?*

– *Don Plutarco ¿le seco lo pie?*





Para que vean cómo por la plata baila el mono. Claro, también hay que decir que hubo algunos que no perdieron la memoria. Como Silverio, por ejemplo, quien aseguraba que esas muertes eran la paga que Plutarco hacía al diablo por todas esas tierras y el poco de mujeres. Y aunque aquellos a quienes les convenía negaban toda maldad en Plutarco y formaban agitadas discusiones en la mínima ocasión, el asunto quedó sin sustento cuando una de las mujeres que tenía Plutarco habló. No se puede tomar la actitud de Bertolina, así se llamaba, como una traición. Es que cualquiera al sentirse amenazado se defiende ó al menos habla.

Según la mujer esa noche había notado a Plutarco bastante inquieto, se volteaba para un lado y se volteaba para el otro, hasta que se levantó de la cama. En principio ella pensó que había ido a orinar y supuso que lo mismo habían pensado sus contrarias, las otras mujeres de Plutarco. Recuerden que eran cinco. Sin embargo, como inquieta se puso, al ver la demora, también se levantó. Llovía fuertemente, por lo que le pareció extraño escuchar voces en el patio trasero de la casa, junto al gallinero. Era Plutarco, lo que le sorprendió aún más. Se deslizó cual gato en la oscuridad y alcanzó a escuchar parte de la conversación.

*– Vea ve, ete señó le etaba como reclamando a Prutarco dizque el arma re su ser queriro, y taba como enojaro, pobque le recía que si no le cumplía, se las iba a pagá. Le rigo que a yo ya no pure dobmí má.*

La primera persona en escuchar la versión de Bertolina fue su mamá, pues en medio del susto y de la intriga, muy de mañana acudió a contarle lo sucedido. Y es que ¿en quién más, si no en su madre, podría confiar semejante historia? Pese a ello, enseguida la cosa se regó, y como ya Plutarco no era el mismo de antes, todo se manejaba en medio del cuchicheo.



– *Ve ve eta muchacha... vení acá.* La llamó disimuladamente la vieja Pérez, la mujer más anciana del Pueblo. Las otras mujeres quienes la acompañaban guardaban silencio, mientras la primera preguntaba. Bertolina explicaba con lujo de detalles, pero acerca del hombre que hablaba con el marido, poco decía.

– *Ay, e que a yo no lo pure ve bien po la oscurirá, y má con la tempestá que taba cayendo. Pero sí arcancé a notá que era arto y hablaba pero bieeen raro ¡y vean ve mi gente, cuando relampaguió a yo me apareció vele una cola!*

Después de este pequeño detalle, no quedó la menor duda sobre el personaje del que se trataba.

– *Ay Dio mio bendito eta muchacha ¿vo con quien e que te ha metiro? Ete mariro tuyo tiene e compromiso con er riablo ¡Jesú creo en Dio paire!*

Cosa que Bertolina sospechaba. Es más, si no lo había aceptado no era tanto por la plata del marido, sino porque la pobre, al igual que sus contrarias, estaban atadas a Plutarco por el mismo Satanás. Solo hasta ese momento comenzó a sentir algo de temor a causa de la retahíla de la vieja, más aun cuando se sumaron las otras con premoniciones. Es que el meollo del asunto estaba en que el diablo lo que le reclamaba a Plutarco era el alma de la persona más amada. Y eso preocupaba en gran manera a Bertolina, pues en sus adentros pensaba que se trataba de ella, pero ¡qué equivocada estaba! Si ese monstruo, su marido, no quería a nadie.

De todas maneras, temiendo por su alma, pensando qué sería de ella en el infierno, la pobre mujer fue presa de la desesperación. Durante días permaneció en vela, fingiendo estar dormida, en ocasiones llorando en silencio, haciéndose la enferma, sobre todo para evitar tener intimidad con Plutarco. Afortunadamente, en tal propósito le colaboraban sus contrarias, quienes en todo momento estaban





dispuestas a recibir del marido toda clase de caricias. Pese a ello el hombre comenzó a sospechar de la indisposición de Bertolina.

– *¡Ve ve eta muchacha! ¿y vo que e que tené pue? A yo veo que etas maluquera tuya ya muy rara ¿O e que ta e preñara?*

Por su puesto, Plutarco esperaba una respuesta positiva, pues desde hacía rato estaba considerando seriamente “encargar” hijo. Ah, pero no se equivoquen: él pensaba que era la manera perfecta para saldar la deuda con el diablo, algo que lo estaba complicando ya bastante debido a los cada vez más frecuentes reclamos que le hacía. Y es que si bien le había cumplido con el alma de sus trabajadores, cómo iba este hombre a amar a alguien de la noche a la mañana e incondicionalmente para entregarlo y terminar de saldar su deuda. El inconveniente con el hijo o la hija, cualquiera fuera el caso, era que el proceso requería tiempo; obviamente había que esperar como mínimo nueve meses a que la criatura naciera y aunque Plutarco en los últimos tiempos había incrementado su actividad sexual, el hijo no aparecía. Tal vez hasta estéril sería, porque, con tantas mujeres, ¿cómo no iba a embarazar a ninguna?

– *¡Carajo! ¿y a yo qué e lo que voya hacé?*

Escucharon las mujeres de Plutarco, que se preguntaba angustiado mientras dormía, sumido en una pesadilla, y enseguida despertó con un sobresalto, sudando tanto que parecía que estuviera trabajando.

– *¡Suérteme... suérteme...!*

Pero nadie lo estaba cogiendo. Todo lo contrario. Las mujeres al verlo en ese estado se retiraron temiendo una agresión. Esa noche ya no pudo dormir, amaneció paseándose en la sala y tomando café, situación que se repetía cada vez más



frecuente, con decir que sus pobres mujeres se fueron enflaqueciendo por el trasnocho. Pero más Plutarco ¡Claro! En cuestión de meses ya parecía un muerto en vida. Algunos, sobre todo sus “amigos” pregonaban que a don Plutarco lo habían embrujado y que eso se debía a la envidia que le tenían, porque él era adinerado. Por otro lado Bertolina, quien mucho sabía de lo que estaba sucediendo, no encontraba la manera de irse de la casa.

Precisamente en ello pensaba, sentada en la cocina, cosa que le aliviaba el desasosiego de la falta de sueño, cuando en esas vio que el marido pasó hacia el patio trasero. Algo en él le recordó aquella noche y no tuvo necesidad de levantarse de la silla. Por el espacio que la puerta le permitió vio de nuevo la silueta del desconocido. No había dudas, nadie en Puerto Conto era tan alto. Le invadió un temor indescriptible, quiso correr, pero la curiosidad le pudo más, entonces intentó levantarse y fue allí cuando escuchó el grito.

– ¡Aaay, aaay, no, nooo! Aygruuu...

Epiménia, Clemencia, Teódula y Modesta, las otras mujeres de Plutarco, quienes en el momento hablaban en la sala, escuchando los impresionantes gritos del marido, de la misma impresión sobrepasaron a Bertolina, encontrándolo completamente aterrorizado. El hombre daba la impresión de no estar presente y, de repente, parecía estar poseído, porque se reía a carcajadas, tan fuertes que estremecía las paredes de las casas y los árboles crujían, hasta que comenzó a temblar.

– ¡Ja, ja, ja... Er que me la hace me la paga, er que me la hace me la paga, ja, ja, ja...

Expresaba con esa voz temeraria, voz que en realidad no era la suya sino la del mismísimo diablo. Las pobres mujeres salieron como pudieron y ya la gente estaba arrumazada en la calle recitando toda clase de plegarias. Veán ve ni gente, y ustedes





pensaran que cuando pasan estas cosas ¿los muchachos y las mujeres son los más cobardes? pues esa noche se veían hombres de hacha y machete pidiendo clemencia. Por fortuna la cosa fue cesando y al acabar por completo no se sabía si daba más miedo el diabólico suceso o el aterrador silencio que quedó después de eso.

Solo hasta el otro día algunos osados se atrevieron a entrar en la casa; todos hombres y armados hasta los dientes, pero prácticamente iban abrazados. Buscaron en todos los rincones de la casa, incluyendo el enorme patio trasero, pero no hubo rastro alguno que diera indicios de lo que allí había sucedido.

– *Vean ve... pero don Prutarco no ta aquí...*

Gritó uno de ellos. Y nunca jamás se supo de él.







## El oro encantado

*– Vea ve Anacleto ¿y uté se piensa e amanece allá ajuera sentaro en eta oscurirá? ¿Ute pob qué no se viene acostá?*

Le preguntó su mujer en un tono que evidenciaba su molestia. Él hizo caso omiso y solo se escuchó el sonido de la palma de su mano cuando dio en alguna parte de su cuerpo. *Tac, tac, tac.* Mataba los zancudos que se le asentaban, mientras miraba fijamente hacia la otra orilla del río Atrato, justo por donde estaban las montañas. En realidad estando la luna oculta no se veía nada; pero, para su propósito, eso era lo mejor. Ya llevaba varias horas vigilante, sentado en el patio de la casa o más bien la calle o la orilla del río, da igual, en Puerto Conto las tres cosas son lo mismo. Y pensar que si Anacleto comenzó a prestar atención a los comentarios del supuesto entierro del oro encantado fue a causa de Hermenegilda, su mujer.

Es que él era un hombre ardiente y apasionado, que no escatimaba momento de la noche para entregar todo su potencial viril a la mujer que lo acompañaba. Pese a ello, esa magia se desvanecía a causa de la desdeñosa actitud de Hermenegilda, quien en medio de un impetuoso impulso de pasión por parte de su marido, detenía todo dizque para organizar las prendas que llevaba puestas, para que no se ajaran.

*– ¿Pero vo que e lo que ta haciendo, mujé? ¡rejá eta ropa ahí que nara le va a pasá, hombre!*

Pero ella persistía colgando la falda por un lado, doblando la blusa por el otro y ni qué decir de la ropa interior. Así que cuando quedaba dispuesta ya Anacleto,



molesto, había perdido el impulso. Y con razón. Porque, aquí entre nos, Anacleto era de los que a fuerza de caricias rasgaba la vestidura de las mujeres, era tanto que muchos pensaban que éste hacia uso de otras artimañas, como brujería, por ejemplo. Pero nada que ver. Al menos las mujeres allá en sus conversaciones desmentían tal rumor.

– *¡Ete Anacleto e un toro!*

– *Verdaderamente que ete sí e un varón... vee manita ¿a yo pobque qué te lo voy a negá?*

– *Ay, si a yo les contara... hummm.*

– *Cuof, cuof, hummm... como ta uté, Don Teléforo. Veavé, nosotra aquía, viendo la tabde.*

– *Bueno mi gente, a yo me voy.*

– *A yo también.*

– *A yo también.*

Era evidente la fama que tenía Anacleto entre las mujeres, así que no le faltaban los amores. Y era eso precisamente lo que incomodaba a Hermenegilda, por lo que esa noche en que tuvieron el disgusto a causa de sus evasivas en los momentos menos indicados, y que a él, por supuesto, no le gustaban, ella no dormía creyendo que él se iba a ir a amanecer a otro lado. En realidad sí pensó hacerlo y fue por eso que salió de la casa sin importarle lo tarde que era. Se sentó y suspiró hondo, como para descargarse del enojo, mientras ordenaba sus pensamientos y en esas permaneció quién sabe cuánto tiempo transcurrió, hasta que le pareció ver la tal luz de la que tanto se comentaba.





La llama que se mostraba como señal del supuesto tesoro que, según los más viejos, hacía siglos había quedado oculto por esos lados, junto con el cadáver de su dueño, un indio Embera quien, con el alma en pena, quería entregar su riqueza a alguien de buen corazón y así descansar en la paz del señor. Varios se habían topado con esa riqueza, pero al tenerla en frente sus mentes se habían cegado con la avaricia y ésta había desaparecido al instante.

– ¡Carajo, antonce si e vebdá... allá ta... ay Dio mío bendito!

Exclamó para sus adentros, al tiempo que se restregaba los ojos por si de una ilusión se trataba. Pero nada, allí seguía la luz. Se quedó sereno mirando la ubicación de la mecha que alumbraba intensamente, que por cierto se mostraba bastante distante. Anacleto casi ni respiraba; como buen minero respetaba el oro y sabía que si éste estaba encantado era un oro vivo, que se mostraba solo a quien quería. Pensando en la magnitud de lo que estaba presenciando, cuando la mujer le habló no la escuchó, y si se dio tres palmadas para matarse los zancudos fue simplemente un acto reflejo. Sí volvió de su embeleso no fue propiamente porque su mujer, después de haberlo hecho disgustar, le deslizó sus manos seductoramente sobre sus hombros, sino porque la mecha se fue apagando, hasta el punto en que ya no se veía.

– *Vea vé, pero uté si e joriro ¿y e que toravía ta enojaro?*

Le preguntó Hermenegilda, con clara intención de mejorar las cosas. Él se levantó, lo que ella aprovechó para apoyarse a su lado haciendo con su brazo izquierdo un gancho con el que aseguró sutilmente el brazo derecho de él, frotándosele cariñosamente con la mano contraria. Entraron en la casa, y aunque ella le preguntó si deseaba café, él no mencionó palabra. Desde ese momento Anacleto no volvió a ser el mismo. La idea del oro encantado lo fue absorbiendo tanto que dejó de lado el trabajo.



– *A yo toy e como cansaro re ta joriendo con etas cosas.*

Le respondió a su mujer cuando ella le preguntó que si se sentía bien. Claro, ella, al ver que Anacleto, que era de esos hombres que no paraba quieto, porque cuando no se iba a sembrar arroz, sembraba maíz o plátanos, labraba piraguas, pescaba o se iba a la mina, le pareció muy extraño que éste tomara como costumbre quedarse durmiendo. Aunque él no lo consideraba una holgazanería, pues pasaba las noches enteras en pie, esperando la señal del oro encantado. Estaba decidido en hacerse rico con ese tesoro. Simplemente era cuestión de estar alerta.

Durante las noches mantenía sus herramientas listas. Llegado el momento bastaría con cruzar el ancho río Atrato y caminar un poco sin perder la línea, para luego cavar en el sitio señalado por el fuego. De otro lado Hermenegilda, quien en los últimos días se sentía más cansada que de costumbre - y con razón, pues con la actitud de Anacleto se le incrementó el trabajo - se acostaba más temprano, no sin antes organizar las prendas que llevaba puestas sobre el baúl, así que se metía a la cama completamente desnuda para evitar el menor incidente. No obstante, Anacleto parecía no pensar en ella. Al menos no para esas cosas.

– *¿Uté no va a di ar baile que va a habé en la casa re la vieja Goya?*

Le preguntó Hermenegilda un sábado en la tarde, cuando la gente estaba alborotada en víspera de la chirimía. Él le respondió sin abrir los labios.

– *Hmmm hmmm*

– *Antonce a yo me voy sola*

– *Que le vaya bien, señora*





Respondió Anacleto sarcásticamente. A su regreso, siendo ya de madrugada, Anacleto permanecía en el mismo sitio y daba la impresión de no haber movido un solo dedo. Sentado en esa vieja silla de madera y de respaldar reclinado, no tanto por su diseño sino por el deterioro, mantenía la mirada fija hacia su propósito. Eustorgio, quien acompañaba a Hermenegilda disque por caballerosidad, la llevaba tomada de la mano, en realidad casi abrazada y ella parecía cómoda, no se sabe si por efectos del biche o de otra cosa. De repente el hombre quedó frío cuando, por poco, se tropieza con Anacleto quien ante la situación permaneció sereno.

– *¡Hom... hombe coompa!*

Saludó el primero.

– *Hombe compa.*

Le respondió Anacleto y Eustorgio se esfumó en seguida.

– *Ay, a yo pensé que uté ya se había acostaro ¿Y uté como e que va?*

Le pregunto Hermenegilda a su marido, pretendiendo romper el hielo. Por alguna razón se sentía culpable, así que quiso darle explicaciones aun sin él preguntarle.

– *Ay hombe, vea ve que Eustorgio me hizo er favó re acompañame, como ta tan tarde, pa que no vaya a pensá uté que a yo...*

Él se sobresaltó en medio de las explicaciones.

– *¡Carajo!*

De inmediato ella dio un paso atrás, temiendo una reacción en su contra.

– *¡A yo sabía que eto argún día se tenía que presentá!*



Hermenegilda intentó correr, pero notó que Anacleto realmente la ignoraba. Fue entonces cuando, guiada por la actitud de él, quedó estupefacta con el fulgor de la lejana llama. No podía creer que fuera cierto. Pero cuando quiso reaccionar ya Anacleto iba sobre la piragua en la mitad del río, apenas medio percibía ya su silueta, hasta desaparecer luego en medio de la oscuridad. Un poco más y estuvo en tierra. Se adentró hacia las montañas sin perder su norte y con un instinto casi felino para evitar tropezar con algún árbol o, lo que era peor, con alguna víbora o bestia. Hubo momentos en que casi se arrastró.

Llevaba en la mano derecha el machete, desenfundado por si acaso; sobre su hombro izquierdo una barra y una pala, herramientas necesarias para desenterrar el oro. Durante el trayecto solo pensó en eso, con decir que el tiempo gastado tanto en el cruce del río como en el camino en tierra se le hizo en su mente fracciones de segundo. Cuando fue conciente tenía la llama en frente y ésta parecía flotar.

– *¿Quién anda po ahí?*

De inmediato, reconoció la voz. Era doña Cornelia, quien andaba por esas inhóspitas montañas junto con su marido, cazando gurrees. La mujer, quien iba con dirección al río alumbrando con su enorme mechón y con una bacinilla en la otra mano, parecía llevar prisa, de manera que después de saludarlo, casi que sin detenerse en su camino, lo dejó nuevamente a oscuras.

– *Anacleto, Anacleto, coja otra riración, vea vé, que me los va a espantá.*

Le dijo don Telésforo en voz baja. Pensando, claro, que éste también andaba cazando y de seguro lo mismo pensó Cornelia. Anacleto no mencionó palabra alguna, más bien aprovechó la confusión para no delatar el verdadero motivo de su presencia en esas montañas; así que se marchó. A su regreso iba sintiéndose estúpido, pensaba





en las noches de placer desperdiciadas con Hermenegilda, en todo lo que había dejado de ganar, sobre todo barequeando y en qué iba a decirle a su mujer, quien, de seguro, comenzaba a guardar esperanzas.

Ya en la piragua, mientras se acercaba, veía las opacas luces de los ranchos que conformaban a Puerto Conto, con algo de nostalgia. Escuchaba los gritos de alguien que llamaba a Pipiolo, el hijo de Clodomira; las risas de los muchachos, alegres, jugando a la Lleva y a Las Escondidas, lo que lo entristeció más, o mejor, lo hizo más consciente de su amargura. Fue ese sentimiento indeseado lo que lo obligó a mirar hacia atrás y, con su giro, le volvió el alma al cuerpo.

– *¡Santo Ecce Homo bendito, consereme ete servicio, hombre, y a yo te ofrezco una manda!*

Quiso devolverse pero, por la presencia de Cornelia y el marido, no lo consideró prudente. Sin embargo, dio un giro completo a la piragua y por un momento detalló plácidamente la fulgurante luz en la cima de una de las montañas. Le causo risa al ver el mechón de Cornelia que titilaba como si fuera una luciérnaga.

– *Vea vé ¿Y qué pasó?*

Chilló Hermenegilda, quien, divisando nuevamente su silueta, lo esperó con los pies prácticamente entre el agua.

– *Tate tranquila mujé, que hoy no era er día... una gente anda poallá cazando gurre, así que no se puere hacé nara.*

La noche siguiente ambos esperaron que el tesoro se manifestara y aunque no fue así, la noche no dejó de ser especial, sobre todo en la madrugada. Hicieron planes, con el tesoro, por supuesto, y en medio de ello emergieron las caricias como nunca. Como era de esperar, Anacleto hizo uso de su pericia sexual y Hermenegilda,



completamente suelta, fue complaciente con su hombre como nunca y amaneció con el calzón en la cabeza, como si fuera un sombrero. Se armonizó por completo la relación a pesar de que aún no se tenía el oro.

– *Negro ¿y vo qué queré comé hoy?*

– *Negra, no te pongá a pilá ete arroz, que pa eto aquí etoy a yo.*

– *Negra, vení a acostate hombe ¿e que no ta cansara?*

Cosas que anteriormente poco les importaban. Así, cambió todo entre la pareja.

Días después, fue Hermenegilda quien vio la señal una noche, justo cuando iba a cerrar la puerta.

– *¡Negro, negro... Anacleto vení, mirá allá ta, allá ta la señal!*

Enseguida el quedó en pie y fue cuestión de una fracción de segundo para que estuviera embarcado en la champa, con canaleta en mano y armado de barra y pala. Su mujer quiso acompañarlo, pero él se negó rotundamente, según dijo para no exponerla; aunque en el fondo, con ello pretendía reducir las posibilidades de un fracaso, pues pensaba que si Hermenegilda estaba presente en el momento del encuentro había mayor posibilidad de que a ella se le dañaran los pensamientos y cayera en avaricias, pues con su experiencia en la minería sabía que eso sería fatal. Así que Hermenegilda se quedó de pie a orillas del río con Anacleto adentro y el corazón afuera.

– *¡Carajo, si fue que ya amaneció!*

Se dijo Anacleto a sí mismo cuando se percató de la luz del día. Apenas se lograba mantener en pie, estaba vencido por el hambre, así que veía borroso y todo a su





alrededor lo notaba diferente, las montañas y el camino parecían al revés; confundido y casi desnudo, pues su ropa estaba vuelta harapos, logró llegar a la orilla del río.

– *Bueno ¿y aronde fue que a yo la rejé?*

No lograba ubicar el sitio donde había dejado la champa. De repente, se desplomó.

– *¡Vean ve mi gente poallá hay uno tirao!*

– *Ve ve, ¿vo lo conoce?*

– *¡A yo no!*

– *¡A yo tampoco!*

– *Eh, pero a yo eta cara se me parece conocira.*

Hablaban los pescadores que lo encontraron. Antes de estos arrimar en el pueblo, la gente, viéndolos desde lejos, notaron que algo extraordinario sucedía; en principio pensaron que habían tenido una gran pesca, pero todo se aclaró cuando los hombres, llenos de ansiedad, exclamaban con gran voz, aún sin pisar en tierra:

– *¡Encontramo uno poallá tirao!*

– *¡Encontramo un hombre toro arrancao!*

Enseguida se aglomeró la gente.

– *Vean ve ¿y ete quien e?*

– *A yo eta cara me parece conocira.*



– *¡Ay, bendito Dio, pero se ve bastante ma!*

Y en medio de cuestionamientos, dudas y dictámenes médicos apareció el viejo Telésforo.

– *¡Vean ve mi gente... ¿y... y... y ete no e Anacleto? Po Dio bendito, eto no puere se posible, tanto tiempo. Pero cójanlo hombre, montémolo poacá.*

Y con la afirmación se revolucionó Puerto Conto. Corría la gente de arriba para abajo y de abajo para arriba llevando la noticia a todos lados.

– *Viejo Bonifacio, si uté supiera...*

Quiso enterar de lo sucedido al yerbatero una de las mujeres que estaban en la casa a donde aún permanecía Anacleto, desmayado. Pero el viejo, ya estando al tanto, entro rápidamente y casi que la calló mandándola a calentar agua. El fogón, como de leña era, ardió al instante y Bonifacio procedió a dar un baño de vapor al moribundo, con el que éste fue volviendo en sí.

– *Vean ve mujere, tengan listo un carducho re pescao y jugo re borojó que ete hombre eta bastante desnutrió.*

Y más demoró Bonifacio en ordenarlo que en estar junto a Anacleto el jugo y la sopa de pescado.

– *He... her...*

– *No se force hombre, no se force.*

Y procedieron a alimentarlo, con lo que el hombre, aunque comenzó a sudar considerablemente, fue tomando ánimo.





– *Vea ve, ¿y uté aronde era que taba metiro en toro ete tiempo, po Dio santo?*

– *Sinceramente nosotros pensabamo que no lo íbamo a vorvé a ve nunca ma.*

Preguntaba el uno y hablaba el otro. Anacleto, por su parte, interrumpió con una pregunta que a los presentes les pareció ilógica.

– *Vean ve, ¿y... y... y aronde ta Hermenegilda? Ayúrenme a levantá a yo voy pa la casa.*

Termino de decir, completamente errático.

– *Vea ve Anacleto ¿y uté cómo e que etá?*

Le preguntó el yerbatero Bonifacio, pensando por supuesto que el hombre había perdido la razón. Cosa que igualmente pensaron todos.


– *Eta mujé cuanto hace que se fue, po Dio santo.*

– *Pero... ¿cómo?*

– *Hummm... Hermenegilda se cansó re lloralo hata que cogió su marío y se fue poallá po er Urabá.*

Anacleto no lo podía creer ¿cómo era posible que todo le hubiera cambiado de un momento a otro? ¿cómo iban las cosas? Se percató de que tampoco tenía el oro en su poder, sintiéndose realmente frustrado y, por supuesto, también confundido por la actitud de su mujer, que consideraba una traición. Pero no así lo creía el viejo Bonifacio.

– *E que uté también tiene que entendé a la mujé, hombre ¿uté cre que una gente tanto tiempo sola... ella tenía que vorvé a hacé su vira con otro*



Pues claro que el viejo tenía la razón, pues ni el más optimista hubiera esperado la aparición de Anacleto.

– *¿Y... y... y eso a qué hora se fue?*

Preguntó Anacleto queriendo saber los detalles. Y aunque no recibió la respuesta justa de lo que preguntó, sí la que necesitaba.

– *Vea ve, Hermenegilda se fue en el año sesenta y sei. Lo recuerdo a yo bien porque po eso día nació la nieta mía.*

Anacleto quedó completamente confundido. Si no hubiera sido porque en esos momentos llegaron unos muchachos escuchando una pelea mundial de boxeo que se emitía por la radio, no hubiera creído que hacía ya diez largos años se había ido a buscar el oro encantado, dejando a Hermenegilda parada mirándolo desde la orilla del río.

– *Una derecha tirada por Pambelé, combinada con un gancho de izquierda... lanza un recto de derecha, pasa un golpe, otro y otro. No lo encuentra el panameño Peppermint. ¡Potente izquierda de Pambelé sobre el rostro del panameño! Se derrumba señores, ¡nocaut, nocaut a solo tres minutos del combate! ¡Grandioso, viva Colombia! ¡Viva Pambelé campeón mundial! Día histórico señores, Colombia no olvidará este día 28 de octubre de 1972.... Silenciado el gimnasio Nuevo de Panamá, silenciado Panamá ¡grita Colombia!...*

Transmitía emotivamente el narrador deportivo y la radio se escuchaba a alto volumen.

– *¡Dio mio bendito, a yo no logro entendé!*

Y buscando explicarse y explicar a los demás, comenzó a relatar con lujos y detalles lo sucedido aquella noche. Según él, alcanzó a llegar a donde estaba el oro, pero





junto a éste había una mujer, una hermosa negra con peinado de trenzas, alta y caderona. Decía que al verla le dio miedo, sobre todo porque su belleza no parecía natural y que, aunque quiso controlarse, no pudo debido a sus encantos.

*– Y cuando a yo me di cuenta taba como rebajo re la tierra. Y vean ve mi gente, toro allá era re oro, la tierra, er agua, las piedra, hasta a yo me veía amarillo. Pero a yo no recuerdo en qué momento llegué otra ve a las montañas. Oooigan, y a eta bendita mujé no la vorví a ve ma.*

Afortunadamente para él porque, según el viejo Telésforo y los otros que estaban presentes, el enigmático incidente tenía su explicación.

*– Ay vean ve mi gente, ete era un encanto. Ete pobre hombre taba era encantao.*

Inexplicable, pero cierto. Todo indica que Anacleto estuvo durante diez años perdido en otro mundo. Diez años que para él fueron breves momentos, hasta que volvió a la realidad.



## El viejo Timoteo

Cuando Timoteo Pérez tuvo sus dos últimos hijos, quienes fueron gemelos, producto de la relación que sostenía con Teolinda, una muchacha oriunda del Bajo Baudó, tenía la edad de noventa y ocho años y lo más sorprendente de la situación era la vitalidad que irradiaba. Se levantaba muy de madrugada a hacer sus labores; tejía atarrayas, labraba piraguas, pescaba, y cualquiera que no lo conociera y lo viera trepando en las palmas de coco, fácilmente lo podía confundir con un muchacho. A diferencia de los hijos de muchos hombres jóvenes, los del viejo Timoteo nunca se comieron una libra de arroz pilada por otra persona.

Y es que hay que tener en cuenta que en total tuvo cuarenta y tres hijos; muchos de ellos, al igual que los gemelos, en edad avanzada y con diferentes mujeres. Dieciséis fueron las compañeras íntimas que le dieron hijos e hijas a Timoteo y en ocasiones algunas de sus mujeres compartieron casa, viviendo en completa armonía. Con decir que cualquiera que no supiera la situación pensaba que eran hermanas. Y claro que no eran las únicas, porque en el pueblo menos pensado del río Atrato, Timoteo tenía su enredo.

Entiendo que hayan surgido especulaciones sobre su última relación. Sobre todo porque cuando Teolinda llegó a Puerto Conto, de donde Timoteo era oriundo, no alcanzaba la edad de los veinte años. Ah, y eso sí, hay que decir que su nombre hacia tributo a su belleza, de manera que ya se pueden imaginar los muchos pretendientes. Es que a nadie le pasó por la cabeza semejante unión, y menos tan prematura, principalmente por la imprudencia que cometió la joven la tarde que arribó por





primera vez al pueblo en una lancha llamada El Guaicaipuro desde donde, sin más ni más, antes de pisar tierra exclamó a boca llena:

– ¡Caaaramba mi gente, ete e mucho hombre pa feo, vean ve; Pobrecito, ete sí tuvo remala, e que parece e un comején, ja, ja, ja...

Por supuesto, semejante burla hacía referencia a Timoteo Pérez. Pero uno de los que acompañaba a la impertinente Teolinda, distraído preguntó:

– ¿Cuál?

– Ete viejito que ta bailando poallá, ja, ja, ja...

El viejo Timoteo, no siendo ajeno al comentario, apenas pujó.

– Hummm... Oirán decí.

Y gozando al ritmo de la chirimía que unos músicos entonaban a orillas del río, se iba hacia un lado y se iba para el otro, haciendo un baile un poco jocoso. Desembarcando la muchacha, muy juyera se desplazaba en medio de la multitud, lo que aprovechó el viejo, pues se quitó el sombrero de cabecinegro y se lo puso a ella sin el menor consentimiento. Teolinda enseguida hizo un gesto de desagrado, pero a Timoteo pareció importarle poco, se echó a reír mostrando los escasos dientes que le quedaban o, más bien, la ausencia de los que no tenía.

– Hoombe muchacha, tate tranquila, ahí te regalo ete sombrero pa que te recordé de a yo.

Fue lo único que le dijo y por ahí mismo se marchó.

Y menos de un mes después de la llegada, Teolinda estaba sumisamente apapachada con el viejo Timoteo ¡quien lo creyera! cosa que, por supuesto, creó enemistad entre



el viejo y doña Cornelia, madrina de la muchacha y en casa de la cual estaba dispuesto que ella viviría. El asunto era incomprensible, porque éste señor no es que tuviera dinero, para decir que Teolinda lo había agarrado por interés y, ya sabemos por boca de la misma, que de guapo no tenía nada. Cosa extraña, porque si bien es cierto que Timoteo tenía la nariz embombada, los ojos brotados y la bamba bastante grande, aparte de su cojera y baja estatura no es que fuera tampoco el más feo.

Claro está, en toda la zona del río Atrato la gente sabía que el viejo tenía elevados conocimientos en ciencias ocultas. Con decir que este señor era de los pocos, por no decir el único, que cuando, por algún motivo, había escasez de alimentos se sumergía en el río y no solo salía con pescado, sino también con plátanos, chontaduros y almirajó ¡cosa increíble! Y qué decir de las mujeres, a quienes en su juventud enamoraba con secretos que les rezaba a la puesta del sol o haciendo lo que le hizo a Teolinda cuando llegó, poniéndole su sombrero en la cabeza. Sin embargo, dada la edad tan avanzada, el asunto del enamoramiento cayó de sorpresa.

Por supuesto los rumores no se hicieron esperar, y se presentaron con mayor intensidad cuando al poco tiempo Teolinda apareció preñada. Con decir que por esos días aconteció la muerte de la vieja Ubertina y tanto en el velorio como en el novenario y el entierro ese fue el tema en medio de los rezos y los llantos. Y eso no es nada. En pueblos como Tagachí, Neguá, Buchadó, Bebará y Bebaramá, del asunto compusieron son:

*Er hombre que ete viejo y ya no puera comé,*

*que aparente antonce y busque su mujé,*

*así ella le lava y le cocina también*

*y po ahí rerecho lo pone re pendejo*





Coro

*Etos muchachos no son hijo de Timoteo,*

*etos muchachos son hijos de otro feo (bis)*

*Er hombre que ete viejo y ya no puera come...*

Y la cosa era gritada porque lo pregonaban de una orilla del Atrato a otra ¡Pero mi gente! esos eran comentarios sin fundamento, ¿cómo iba a estar esa mujer con otro hombre cuando el marido no se le despegaba? Claro que él realizaba todas sus labores, pero ella iba con él. De todas maneras el cuchicheo acabó cuando nacieron los niños, porque junto a Timoteo parecían trillizos. La gente, cautelosamente, comenzó a indagar, porque hasta cierto punto era comprensible lo de la relación, pero ¡carajo! sinceramente no se entendía cómo fue que un anciano de tan avanzada edad logró engendrar.

*– Hombre tío Timoto, ¿y uté como e que ha estaro? Vea ve aquí le traigo uno tabaco.*

*– Aaay, graaacias mijo ¿y... y... y cómo tan la gente poallá?*

De esta manera los interesados se iban introduciendo al tema, cosa que se facilitaba porque como por esas tierras todo el mundo es tío y todo el mundo es sobrino, y el que no ahijado.

*– Oooiga tío, verdararamente que uté e un hombre re mucho vigor ¿Ute cómo hace po Dio bendito?*

El viejo, ante los halagos era bien modesto y se abstenía de dar detalles.



*– Hombre mijo, lo que pasa e que a yo tora mi vira he comiro chontaruro, a yo no me ha hecho farta er borojó, ni mi tapao re pescao. Y... y... y que hay qué recí también que a yo he siro un hombre muy trabajadó.*

Todo eso era cierto, pero la verdad, con esas palabras el viejo Timoteo no decía nada que contribuyera a desentramar el asunto. Porque ¿cuál de los hombres, e incluso las mujeres o los niños, no se alimentaba de dichos frutos? ¿quién había que no comiera pescado y que no trabajara en esas tierras? De todas maneras la intriga por lo acontecido acrecentó el respeto por el viejo en todo lo que a mujeres hacía referencia.

Y aunque muy de vez en cuando curaba lombrices, mal de ojo y ponía en gran prosperidad a aquellas personas saladas que acudían en su ayuda, de un momento a otro comenzaron a llegar a Puerto Conto hombres de diferentes regiones, ya fuera para retener un amor esquivo, para olvidarlo, para engendrar y, por supuesto, para dar rienda suelta a su lujuria de machos insaciables. Fue tanto el asedio que Timoteo comenzó a desempeñarse de tiempo completo como brujo.

*– Tío Timoto ¿como ta uté? A yo vengo paque me eche una ayurarita ¡a yo no e que te mar! solo que uté sabe que a la mujeres en etos asuntos re intimirá no se les puere ra tregua. Con decile que a yo...*

Insistían la mayoría de los hombres, como queriendo negar su problema, pero el viejo interrumpía.

*– Huuum, tate tranquilo ete muchacho, tate tranquilo que a yo soluciono eto.*

Aparentemente el viejo no hacía nada extraordinario. Mantenía unas pócimas en botellas, que daba a sus pacientes para que las tomaran todos los días, una toma en ayunas y otra al acostarse. Nadie sabía a ciencia cierta de qué manera éstas eran





preparadas o qué contenían, pero Timoteo las llamaba botellas de Balsámica. No había duda, eran efectivas y muestra de ello era que al viejo constantemente le llegaban regalos en agradecimiento, pues los pacientes se sentían completamente satisfechos.

*– Timoto, aquí lo busca un señor, vea ve.*

Le gritó Teolinda en tono amoroso desde el corredor de la casa mientras barría. Era Alcides Echeverri, un cacharrero del interior del país quien había llegado hacía poco más de un año a Puerto Conto por primera vez, y quien, por su trabajo, se mantenía recorriendo todos esos pueblos del Atrato. Ya era sabido en toda la región que el hombre quería arrasar con cuanta señorita se atravesaba en su camino. Al principio quiso encantar con su dinero, pero al ver que éste no era efectivo para dicho propósito, buscó otros medios. Era una cosa rara, como que no se saciaba.

Llevaba consigo anticipadamente algunos regalos para el viejo Timoteo y su familia. Se supo por su propia boca que no había ido antes porque estaba descreestado con doña Crepúscula. No porque ella le gustara, ni mucho menos, sino por la propaganda que convincentemente la mujer le hacía a ese sabroso Guatecoco que vendía.

*– ¡Er parapalooo, er parapalooo, lleve er parapalooo. Lleve er parapalo paque siempre ete montarooo!*

Ese fue el canto que lo impresionó, gastándose un peso en la compra de diez cucharones del famoso “parapalo”, por día, cada vez que llegaba a Puerto Conto. Una fortuna. Consideren la época. Afortunadamente para el hombre desistió al ver que el producto no ejercía el efecto tan esperado.



Le comentaba al viejo Timoteo en voz baja, que el motivo de su visita se debía a que en una ocasión había pasado una vergüenza a causa de la imprudencia de una de las muchachas del pueblo, ya que después de haber intimado con ella, sin ningún reparo había vociferado a los cuatro vientos que él no era hombre para responder en una cama.

*– Vea don Timoteo le comento que a mí la cara casi se me cae cuando esa muchacha salió con eso delante de todos en la orilla del río. Pero le digo una cosa, ¡me las va a pagar! Porque a esa la preño y me voy.*

Concluyó Alcides. A su vez el viejo preguntó:

*– ¿Vea ve y eta quién e? si se puere sabé.*

*– Esa muchacha que vive junto de los árboles de Pichinde, para la cabecera del pueblo; es una negra alta y bonita, que camina con un meneo de caderas ¡Erminda se llama ella!*

Timoteo pujó e hizo una pausa reflexiva. Luego intentó convencer a Alcides para que, mejor, la hiciera su mujer. Sin embargo, el hombre dejó claro que no le interesaba eso.

*– Nooo señor, a esa hay es qué preñarla y dejarla tirada, para que respete.*

El viejo volvió y pujó.

*– Hummm, si no hay otra salira, antonce se va tené que proceré.*

Comenzó a buscar entre sus cosas, mientras Alcides le seguía hablando, tratando de justificar el acto que pensaba realizar. Parecía no encontrar lo que buscaba, pero después de un rato alcanzó con algo de dificultad el techo de paja y escudriñando





en este sacó una pequeña botella de vidrio rojizo y tomando una segunda botella, se acercó a Alcides.

– *Vea ve, eta botella e pa que le re una toma a la bendita muchacha. Y eta otra, cójala, vea ve, la que tiene er nuro en la tapa e pa uté. Óigame una cosa, si e con biche e mejó.*

– *Don Timoteo, pero yo no tomo biche.*

Respondió Alcides. Pero el viejo Timoteo no puso inconveniente.

– *Antonce con aguardiente, pué.*

Cosa que efectivamente hizo. Aprovechando que por esos días Erminda dizque cumplía años, pues la mamá y el papá no lograban ponerse de acuerdo en el día exacto del nacimiento, mucho menos las tías e incluso las parteras daban unas fechas desfasadas. La noche del 21 de septiembre de 1962 Alcides armó una parranda de Chirimía con motivo de la celebración, donde todo el pueblo fue invitado. Y no fue cuento, se bebía biche por todos lados, aunque como era de esperar Alcides y Erminda solo tomaban aguardiente. Ella más que él, porque éste le embutía como podía.

Y cuando vio que la muchacha ya bailaba como sabrosa, le proporcionó un trago con la pócima y disimuladamente se tomó el de él, por supuesto también preparado, siguiendo las indicaciones del viejo Timoteo al pie de la letra. No mucho después Alcides Echeverri bailaba Chirimía con gran espolvoreo, gritaba, zapateaba y abrazaba al uno y abrazaba al otro, menos a Erminda, ¡qué cosa para rara! Incluso mucha gente comenzó a decir:

– *¡Carajo mi gente! ¿y ete hombre de cuando acá baila así?*



Y no siendo poco esto se quitó la camisa, también el pantalón, las botas y hasta la vergüenza, aunque no era su culpa. El viejo Timoteo, o se había equivocado, o por algún motivo aún desconocido le había hecho la maldad a Alcides. De todas maneras lo hecho ya estaba hecho.

– ¡Uuuu caraaaajo... esta qué arrechera es... dónde hay un hombre, caraaaajo.

La gente, al ver las cosas así, le echó mano, no fuera a cometer algún acto ajeno a su condición de hombre y que, pasada la calentura, se fuera a arrepentir. Antes de que se le incrementara la arrechera le echaron agua en pies y cabeza y le dieron a tomar un bebedizo de Sauco, lo que lo fue apaciguando. Alcides quedó como ido. Sentado en la casa de los padres de su pretendida se contemplaba en un estado reflexivo, sin mencionar palabra alguna. A esas horas de la noche no faltó quien fuera a donde Timoteo a contar lo sucedido con lujo de detalles. El viejo, quien parecía estar profundamente dormido, se despertó con los pasos del intruso antes de que lo llamara.

– *Tiolinda, Tiolinda ¿vo que haces poallá?*

Le preguntó a su mujer, creyendo que era ella la que se acercaba.

– *Tío Timoto, soy a yo, soy a yo, Meregildo. ¡Óigame, si le contara!*

Al principio Timoteo pensó que se trataba de un enfermo, algún muchacho con lombriz o agobiado por el mal de ojo, así que, como pudo, se levantó de la cama cubierto con una cobija hecha de retazos y con éste su mujer, quien se puso lo primero que encontró. Sin embargo Meregildo, contrario a lo que se esperaba, apenas entró pidió café, de manera que a Teolinda le tocó a esas horas de la noche atizar el fogón y el hombre ansioso por dar a conocer la noticia antes de que estuviera la bebida comenzó su relato.





*– Vean ve mi gente, ete hombre se resnuró y bailaba como una mujé... y lo peor, andaba tomando y enamorao con eta muchacha... hombre ¿cómo e que se llama? eta muchacha hombe, la nieta suya...*

Quién iba a saber, de tantos nietos y nietas que tenía Timoteo en ese pueblo.

*– Eta hombe, la nieta suya, la hija re Domingo Pére, su hijo ¡Ermindá, eta, eta, Ermindá, con Ermindá era que andaba ¿oyó?*

Soltó el hombre. Aunque Teolinda, quien se debatía entre el fogón y la conversación, se mostraba sorprendida, no tanto por lo de la relación sino por los pormenores manifestados, el viejo Timoteo ni se inmutó y tras percibir los primeros aromas del café que ya perfumaban el rancho, exclamó:

*– Vean ve mi gente, a yo ya sabía que lo re eta gente iba a tebminá mar. E que lo que mar comienza mar termina. En toro caso ete señó no le convenía a la muchacha ¡Pero e que etas nietas mía también son muy arrebolaras!*

Ante la expresión Teolinda y el visitante pensaron que el viejo hacía uso de la adivinación. A propósito de esto, la gente en Puerto Conto supo que Timoteo tenía este don, como la vez que le advirtió a Canuto que liberara a una serpiente Boa que tenía cautiva en su casa, porque si no lo hacía iba a terminar muerto por su causa. Fue motivo de burla cuando el hombre mató al animal, arrojando su cuerpo a la jungla. Sin embargo, a los pocos días, Canuto pasando por el sitio donde yacía la serpiente, cautivo por la ociosidad manipuló el cadáver del animal.

*– Ve ve, ¿vo no era la que, según er viejo pendejo re Timoteo, me iba a matá a yo? ¡Responde, responde pue!*



Le hablaba el hombre al cadáver burlescamente mientras lo mantenía en el aire cargado con un palo. A causa de la manipulación el putrefacto cuerpo reventó, regando materia en descomposición hasta en la boca de Canuto, lo que, efectivamente, le causó la muerte. De ahí en adelante la gente le tomó respeto a la palabra de Timoteo.

Pero el viejo modestamente atribuía sus predicciones a la experiencia acumulada de muchos años. Así lo hizo en la conversación que sostenía con Meregildo y su mujer. Ella, quien aunque no alcanzó a escuchar lo que Alcides había hablado con el marido, sabía por demás cual había sido el motivo de su visita y de los regalos que éste les había proporcionado, por lo que después de la partida de Meregildo - por fortuna no salió con una imprudencia-, preguntó:

– *Vea ve Timoteo ¿y así re mar era que taba ete hombre?*

El viejo, como era su costumbre, apenas pujó.

– *Hummm.*

Era aún de madrugada cuando, por cosas del fortuito destino, una lancha que transitaba hacia la región de Urabá dejó ver sus luces en medio de la oscuridad, que casi ocultaba el río Atrato por completo. Esa embarcación fue en gran manera un escape, una salvación, para que Alcides Echeverri mitigara en parte su bochornosa experiencia. Afortunadamente el pueblo se conformaba como un corredor sobre la orilla del río, por lo que aun estando al interior de la casa se percató de inmediato del paso de la embarcación y fue como un despertar de su letargo. De un brinco salió del rancho.

– *¡Oeee, oeee, oeee...!*





Gritaba cada vez más fuerte, tratando de sobrepasar el ruido generado por el poderoso motor de la lancha y a su vez hacía señas con un mechón batiendo su mano de un lado a otro. Por poco la embarcación siguió su curso sin interrupción. Si los marineros se dieron cuenta de que alguien los llamaba fue justamente por el fuego que tenía en su mano. Aunque la gente le insistía que no se fuera, pensando que aún estaba ebrio, el hombre a toda costa se embarcó, incluso no le importó dejar algunas de sus pertenencias. Algunos creyeron que se iba a caer al pasar la rampa para subir a la lancha y trataron de servirle como bastón, pero éste se negó.

Dándose cuenta de que no había manera de retenerlo, muchos quisieron despedirse de él fraternalmente, pero Alcides, sin pronunciar palabra, evitó cualquier abrazo o estrechón de mano. Incluso hasta Erminda fue ignorada por completo. No faltó quien, en el fondo, agradeciera el lamentable incidente. Claro, es que bastante gente le debía: unos, ollas; otros, platos, chanclas, espejos, cremas de mano, en fin, y como el comerciante nunca volvió, los deudores no tuvieron qué pagar. Aparte de hacer el ridículo, Alcides no pudo dejar abandonado el hijo como quería. Al pobre le fue bastante mal, llegó por pescado y salió espinado.



## Las quejas de Joaquín

– *Hombe Juaaaaco ¿uté cómo e que ta?*

– *Aquí, vea ve... eta situación etá muy mala hombe, y sin poré hacé nara. Pero, cuénteme Teorora ¿y Clímaco y lo mochachos?*

– *Humm, eta gente se fueron antier a cobtá arró, y a yo me queré sola ahi en la casa, apena con lo nietos mio. Bueno Juaco ¿y, la enfebma?*


– *Humm...*

Aunque la gente pobre no tiene plata, sí mantiene la esperanza guardada debajo de la almohada ¿Qué otra cosa pudo haber hecho que Joaquín y Paternina, su mujer, soportaran tan larga espera para, al menos, conocer la causa de los males que a ella perturbaban? Fueron largos y numerosos viajes río arriba, por el Atrato, desde Puerto Conto hasta el Plan de Raspadura, solo para prometer inmensos sacrificios al santo Eccehomo a cambio de la salud de la pobre mujer. Sin embargo, éste nunca respondió. Décadas, esperando que las pócimas del viejo Bonifacio hicieran un efecto definitivo y, de una vez por todas, extinguieran los fuertes dolores de cabeza y los patatuses que frecuentemente la dejaban inconsciente, o, más bien, casi muerta.

– *¡Juaco, Juacooo!, ay hombe, suba eta ropa der río, vea ve, que toy viendo como borroso.*

Le dijo medio aturdida a su marido desde el patio, cuando tendía las primeras sábanas al sol. Él, quien se fumaba un tabaco en la sala del rancho mientras





desgranaba mazorcas de maíz para las gallinas, sintió, justo cuando intentó levantarse, un golpe sobre la tierra, como cuando cae un bulto. Supuso que era Timoteo, que se había comprometido en pillarle un arroz esa mañana.

– ¡Timoteo... Timotooo!

Pero no obtuvo respuesta, lo que le obligó a asomarse desde la ventana. Su impresión fue tal, al ver a Paternina desmoronada en el suelo, que el inmenso río Atrato expuesto al frente de su casa, le pareció una quebrada. Tanto así, que antes que socorrer a la desfallecida, tomó su piragua y cruzó a la desembocadura del río Murrí, como siempre, en busca de Bonifacio. El recorrido era un trayecto que, en condiciones normales, tomaba unos cuarenta, cuarenta y cinco minutos, a canaleta y, cuando el sol estaba en todo su furor, parecía que se recorrieran extensísimas leguas. Pero Joaquín, aterrorizado por la angustia, lo realizó cuando mucho en unos cinco minutos, si no fue menos, porque cuando volvió con el viejo, aún no habían alcanzado a levantar a la mujer.

Fue el mismo Bonifacio quien recomendó a Joaquín, ese día, después de hacer volver en sí a Paternina, que buscara la ayuda de la medicina alopática, pues, según él, tenía la certeza de que la causa de los extraños síntomas ya había sido exterminada con su conocimiento ancestral. De manera que cualquier otra eventualidad en el caso, había qué buscarle los motivos por otros lados.

– *Vea ve Juaco, uté mismo tiene la curpa re toro eto.*

– *¿A yo, viejo Boya? Nombre qué va... Pero a uté cómo se le...*

Antes de que el sorprendido hombre lograra concluir, el anciano le cortó de tajo.

– *Tate tranquilo, ete muchacho; tate tranquilo, que esa mujé ya e cosa der pasaro.*



En principio Joaquín no logró entender. Luego, después de pensarlo, en cosa de segundosató cabos. Fueron muchas las mujeres que en ese instante visitaron sus pensamientos: Agripina, la de la Isla de los Palacios; Ubeldina, la de Paimadó; Teodocia, la de Tagachí... entre tantas otras, algunas de las que ni el nombre recordaba. Hasta que de pronto...

– ¡Carajo, viejo Boya, eta e mucha condenara! A yo solo le rigo una cosa: jeto, eto no se quera...

Pero Bonifacio, viendo lo que sucedía en la mente de Joaquín, le interrumpió nuevamente, casi a modo de regaño.

– ¡Carajo! reje re ta jurgando.

Y con ello, el viejo evitó que recayera la culpa del delicado asunto en la más infortunada. No obstante, Joaquín intentó, en vano, claro está, defender su posición, argumentando que una mujer celosa era capaz de hacer cualquier cosa. Objeción que, como era de esperar, ofendió al viejo Bonifacio, pues consideraba fuera de lugar que alguien tratara de hacerle entender un asunto tan simple, dada su larga experiencia en la vida y en conocimientos ocultos.

– *Vea ve Joaquín, le voya pedí un favó: ¡Cállese la jeta!*

El hombre, no tuvo más que hacer sino llevarse la mano derecha a su nuca, y, después de rascarse, como en actitud pensativa, la deslizó desde su apretado cabello hasta llevarla bajo su escasa barba, secándose de paso el sudor de la cara, bien abundante debido a la tensión del momento ¿Qué más le quedaba por hacer ante la presencia de tal eminencia, sino escuchar? Entre tanto, Bonifacio emitía su diagnóstico: los males de Paternina surgieron una noche en la que Joaquín,





caminando por las calles de Puerto Conto, inexplicablemente se encontró en medio de un entierro.

– *Vean ve mi gente ¿y quién jue que murió, hombe?*

Preguntó, bastante sorprendido. Sin embargo, el llanto de la multitud era tanto, que nadie le respondió. Pero sí hubo una mujer, a quien él no logró identificar a plenitud, que le saludó.

– *¿Y uté como e que etá?*

Joaquín, como era su costumbre, respondió al saludo con su dejo de pesimismo.

– *Aquí, vea ve, sin nara qué hacé. Eta situación etá muy mala, hombe. Eto ta muy joriro. A yo no sé qué e que vamo a hacé. Pero rígame... y y y...*

Quiso preguntar por el difunto o difunta, pero la mujer, en consecuencia a la respuesta dada en el saludo, exclamó:

– *Ah, ¿no tiene nara qué hacé? Pues entonce ayúrenos con er dijunto.*

De inmediato, uno de los cuatro hombres que cargaba el ataúd, cedió a Joaquín su lugar en la parte delantera del féretro, de manera que Joaquín quedó soportando el peso con su hombro izquierdo. Aún en medio del apuro, por mera curiosidad quiso ver quién era el que cargaba a sus espaldas, pero no le fue posible dada la premura de la acción. El hombre que le entregó parecía tan cansado, que por poco deja caer el ataúd. Así, siguieron rumbo al cementerio. Sin embargo, a Joaquín le seguía perturbando el hecho de no saber quién era el fallecido o fallecida, y se perturbó aún más cuando fue consciente de que todo ese evento se daba durante la noche. Durante la eterna marcha, estaba tan imbuido en medio de esos llantos, cantos y rezos, que poco a poco fue perdiendo la poca lucidez que le quedaba. Creyó pasar varias veces



por la casa de doña Cornelia, ubicada en la calle principal del pueblo, a orillas del Atrato, y en varias ocasiones se encontraron de frente con la iglesia. Se metían por una calle y salían por otra. A veces daba la impresión de que se sumergirían en la selva y otras veces que irían al río ¡Fue cosa de toda la noche!

En medio de ese ir y venir, entrar y salir, Joaquín logró ver nuevamente a la mujer que lo saludó, la única persona con quien había logrado cruzar palabra durante el funesto evento. Medio entumecido por la carga, como pudo le hizo un llamado, inclinando discretamente su cabeza un par de veces, algo que acentuó con un ligero susurro:

– ¡Epa... epa...!

La mujer, aunque no logró ver el llamado gestual, dada la oscuridad, si escuchó. Se tomó un periodo de tiempo considerable para acercarse, no se sabe si a propósito, o si lo hizo obligada por las circunstancias, pues en un evento de tal magnitud ha de entenderse que resulta preponderante la prudencia. Aun la mujer trataba de esquivar a algunos para acercarse, cuando Joaquín le preguntó:

– ¡Vea ve! ¿Y qué hora e que son?

– Ya ta maneciendo – Respondió.

– ¡Carajo! ¿Y antonce nosotros cuando e que vamo a llegá ar cementerio?

– Hummm, como veo la cosa, ni llegaremo.

– Pero, ¿uté qué e lo que quiere recí, hombre?... ¿Y... cuénteme quien e er muebto, vea ve? ¡Caaarajo que si ta pesaro! – Replicó Joaquín, dejando en evidencia su fatiga .

– Uté se nota como cansaro ¿Pob qué no cere er tubno? – Le propuso la mujer.





– ¿Y a quién, manita? ¿Uté no ve que no hay ningún hombre po aquí?

A excepción de los otros tres hombres que le ayudaban con el ataúd, inexplicablemente solo se veían mujeres desconsoladas. De hecho, hubo un momento en que le pareció a Joaquín que quien cargaba a su lado era una mujer.

– *Humm... Pero, como uté rijo que no tenía nara qué hacé, pue aquí va ocuparo, vea ve ¿Qué jue lo otro que uté rijo? Aaah, que la situación etaba muy mala. Espere y verá a que allegue aronde su mujé. Humm, oirán recí* – Sentenció la desconocida.

Y justo un instante después:

– *Juaco, Juaco ¡Pero caramba, uté sí marugó!*

Era Anacleto, quien andaba por el río muy de mañana recogiendo sus trasmallos, sorprendiéndose al encontrar a Joaquín caminando casi sobre las aguas.

– *Vea ve compare ¿Y a yo aronde e que toy?* – Replicó, desubicado por completo.

Pero rápidamente se fue concienciando de la realidad, más que por el encuentro con Anacleto, por las dolencias de su cuerpo.

– *¡Caaarajo mi gente, pero a yo me siento e como estropiao! Vea ve Anacleto ¿Y quién jue er que se murió, hombre manito?*

– *Bueno, Juaquín ¿ute cómo e que ta? ¿uté etá e atembaro? ¿uté cuando ha escucharo que en er pueblo si ha muebto arguien?*

– *Hombe, compa, e que a yo vengo e re un entierro* – Aclaró el desubicado hombre.

– *¿Entierro a la madrugada? Caramba, manitp, ni pobque er dijunto tuviera podrío! Vea ve Joaquín, ¿uté no habrá siro virtima re argún encantamiento?*



– ¡Aaay hooombe, compa, esa condenara era una bruja! Bendito siá Dios, eta resgraciara como me pone a yo a andá tora la noche como un pendejo.

Esa era la única explicación posible para tal acontecimiento, pues, en realidad, en Puerto Conto hacía muchos años no se moría nadie. Rápidamente lo sucedido fue noticia en todos los afluentes del Atrato, pues los dos cristianos que se encontraron con Anacleto y Joaquín cuando ambos se dirigían al pueblo, se encargaron de darlo a conocer ¡Ah, sí señores! Es que tratándose de asuntos del más allá, las historias volaban más rápido que el viento.

Apenas arrimaron la champa, la gente, al notar algo diferente, se aglomeró en la orilla del río. Joaquín, como pudo, refirió lo sucedido, pues no dejaba de quejarse de las dolencias producidas por la fatídica carga del desconocido difunto.

– *Vean ve mi gente, a yo me voya rescansá. Etoy e pero maluco.*

Pese a ello cuando, llegó a su casa recobró ánimos para contarle lo sucedido a Paternina. Ella, quien en principio se mostró furiosa creyendo que su marido había pasado la noche con otra, cambió su actitud al verle tan deplorable semblante.


– *¡Ay Juaco, como tiene uté er hombro re hincharo, vea ve! ¡Ay Diosmío!*

Y es que se le notaba el maltrato aun teniendo puesta la camisa, cosa que nunca le había sucedido, pues los hombres en el río Atrato se fortalecían desde niños en labores de cargue y descargue de madera. En volandas, Paternina intentó calentar un agua con sal para poner paños en el hombro de su marido. Pero, mientras atizaba el fogón, comenzó a sentirse mal. Esa mañana sufrió su primer patatús.

– *¿Y antonce uté creía que lo re Paternina era un maleficio re arguna mujé celosa?*

Inquirió Bonifació, frunciendo el ceño. Y continuó:





– No señó. Eta jue una bruja re poallá re Samurindó que escuchó esa bendita quejarera suya, hombe, y por eto jue que le puso a cargá er muebto. Pero pa pior, jue eta pobre muchacha la que sujrió las consecuencias – Dijo, señalando a la desfallecida Paternina.

Calló por quince eternos segundos, con la mirada perdida hacia un rincón del rancho, hasta que sentenció:

– Pero ahora sí se acabó la pendejada. Ya eta muje no lo va a joré ma. Ni a uté ni a naire ma, Juaco.

Joaquín, quien no podía creer lo que escuchaba, permaneció en completo silencio, incluso hasta mucho después de que el viejo Bonifacio se fuera a su rancho. A decir verdad, pasaron días en los que el hombre continuó absorto en sí mismo, apenas prendiendo un tabaco con el otro. Precisamente, en esas condiciones estaba, cuando Teodora pasó por su casa y, después de saludarle, le preguntó por Paternina.

– Humm... ay hombe Teorora, si uté supiera re eta vira mía. Hora resurta que lo que eta muchacha tiene e una tal Epilesia.

– ¿Epi qué? ¡Ay Dio mio bendito! ¿Y eta qué arrechera e?

– A yo no sé Teorora. Lo ciebito er que eto jue lo que rijeron lo méricos poallá en Quirdó.

– Ay hombe, ¿y ella poa ronde ta? Pues pa yo salurala hombe manito.

– No señora, ella no ta poaquí. Resde ayer se jue poallá pa Beté a bailá chirimía ¿Caso uté no sabe, hombe, que Gumercinda, la hermana re ella se ta casando?

– ¡Vean ve mi gente, y eto a qué hora ha siro! Bueno, Juaco ¿y uté pobqué no jué?

– Hummm, ay hombe Teorora, ¿Y uté cree que a yo con eta situación tan jodía voy a andá en baile? – Dio porfiadamente por respuesta Joaquín.



## Las primeras tragedias

Los rumores de que a Luis Ventura le habían mochado la lengua los paramilitares, se extendieron tan rápido en el departamento del Chocó que, aunque había algunos que no se daban por enterados en Bojayá, lugar del acontecimiento, sí lo sabían en todo el Darién, desde el mismo día del fatídico suceso. Serían como eso de las cuatro de la tarde, cuando Ventura llegó al caserío y, bastante mal trecho, como pudo salió de la piragua; tenía el machete en la mano derecha, y la lengua, casi toda expuesta, pendía de un hilo. Arrimó por el lugar menos indicado, más por la desesperación que por el dolor, o al menos eso parecía. Bastó con que intentara caminar, para desvanecerse.

Emérita, quien prácticamente todas las tardes se iba a sollozar a la orilla del río, a causa de la incompreensión de su familia ante su embarazo a tan temprana edad, al punto de estar comiendo por caridad de los vecinos, apenas alcanzó a gritar ante la impresión.

– ¡Ay, ay, ay... Dios bendi...!

Y con el grito, también se desvaneció casi sobre la humanidad de Luis Ventura. Al instante se vio a la gente del caserío correr hacia una misma dirección. Era tal la confusión, que aquello se asemejaba a una torre de Babel, pues nadie se lograba entender. Y no era para menos: Ventura exponía su lengua de tal manera que daba la completa impresión de estar muerto, situación que intensificaba su horror con el correr de la sangre. Emérita, aunque extendida al lado del desdichado, se mantenía





con un leve temblor en todo su cuerpo, que se extinguía cada vez más, hasta que quedó rígida por completo.

Nadie se atrevía a acercarse a los cuerpos. Eulogia, la mujer de Luis ventura, postrada gritaba y lloraba, y desesperada golpeaba la tierra, cosa que también, y paradójicamente, hacían con mayor vehemencia los familiares de Emérita. El resto de la población acompañaba activamente con los *ay ay, ay* y las manos sobre las cabezas.

De repente, la vieja Chenchá, más por la angustia que por su experiencia, logró llamar la atención de la gente por un instante.

– ¡Carajooo!

La vieja gritó tan fuerte que todo alrededor enmudeció. Y en el silencio que se hizo ante su llamado, también con sus manos en la cabeza, exclamó:

– ¡Argüen que ñame a Tintiliano, hombre!

Tintiliano era prácticamente el último de los hierbateros que quedaba en Bojayá, y en esos momentos era de más importancia que nunca, porque ante la ya larga presencia de los grupos armados, era imposible ver a un médico en ese territorio. Aunque, la verdad sea dicha, en ese sentido no había mayor diferencia con respecto a los tiempos pasados, cuando la ausencia del Estado era tal, que ni violencia había, y por lo general los problemas se solucionaban dialogando o, en última instancia, con el vaticinio de algún embrujo, el cual habría que disponerse a conjurar.

El curandero no tardó en llegar. Tomó a Emérita por los hombros y la samaqueó, con lo que ella reaccionó de inmediato.



– *Tate tranquila eta muchacha, tate tranquila.*

La calmó, mientras evitaba que la pobre volviera a mirar a Luis Ventura, en tan lamentable estado, y enseguida hizo una mueca dando a entender a alguien entre la multitud que la alejara del sitio. Así las cosas, al menos los familiares de Emérita se calmaron, aunque no salían de la consternación. Hubo un muchacho, no se sabe enviado por quien, que apareció con una sábana blanca para tapar el cuerpo de Ventura, pero, Tintiliano, nada más con la mirada, lo hizo devolver.

El viejo, antes de tocar a Ventura, lo observó de cerca durante unos segundos, reparando en la gravedad de la herida y el estado de su lengua. Luego, exclamó con tono de indignación.

– *Vean ve mi gente, ¡eto sí e una barbarie!*

Contrario a lo que haría cualquier médico, no le tomó el pulso y menos la presión, pues estas técnicas fundamentales en los primeros auxilios no eran del repertorio de ningún hierbatero. Lo que sí hizo fue halarle un pie, con lo que el desventurado hombre comenzó a emitir sonidos distorsionados dada la situación con su lengua. Ante lo cual los presentes que se hallaban más cerca de la escena pasaban la voz:

– *¡Ta vivo hombre, ta vivo!*


– *¿Que ta vivo?*

– *Sí, sí, sí...*

– *¡Véalo ve... Ay Dio mío bendito!*

Toda la gente estaba en vilo. Eulogia, medio vuelta en sí, intentó abalanzarse hacia su moribundo marido. Pero Tintiliano la detuvo prácticamente con un empujón. Y





es que, como era lo acostumbrado entre los antiguos hierbateros, por difícil que fuera el caso, no era permitido por esta eminencia que nadie interviniera en sus procedimientos –a no ser porque él mismo lo solicitara– y fue tal y como sucedió con la rotunda negación para con la cónyuge de Ventura. A continuación preguntó:

– *Ve ve, ete muchacho, ¿po adonde dejate la cobija?*

Enseguida tuvo la sábana en sus manos. Luego machacó unas hierbas, las mismas que nadie se percató de dónde sacó, y pidió a una de las mujeres que saltara sobre el emplasto por tres veces. Hecho esto, extendió la sábana sobre Luis Ventura, cual muerto listo para recibir la bendición; recogió las pócimas del suelo y se introdujo bajo la sábana, junto con el desfallecido hombre. Ante tan extraño procedimiento, el silencio fue total, emergiendo del mismo unos balbuceos lejanos, que no se sabía si eran emitidos por el enfermo o por el curandero.

– *Chapagua, guagua, maranguagua, chapagua, guagua, maranguagua, guagua...*

Después de unos momentos, salió Tintiliano tan sudado que parecía estar bañando, pero ello no fue impedimento para seguir con su extraño tratamiento. Pidió que le dieran más espacio, y se quedó contemplando a Luis Ventura, aun cubierto con la sábana, completamente en silencio e inmóvil. Y así mismo, tal vez por la tensión, la incertidumbre o por respeto, permanecía la muchedumbre, hasta que rompió el silencio:

– *Llévenlo pa su casa, y no le ren comira en tres días.*

Esto del ayuno pareció inhumano. Sin embargo, no había nada que refutar. Luis Ventura tenía todo el emplasto en la boca y, según el curandero, éste mismo lo sostendría durante esos tres días, de mejor manera que si consumiera pescado. Después de ese tiempo podría comer lo que quisiera, pues su lengua estaría



completamente sana. Lo que sucedió en el tiempo de convalecencia de Ventura, mostraba con claridad la precisión de Tintiliano en su dictamen. Al otro día de la intervención, el hombre se veía de muy buen semblante. Aún con el emplasto de hierbas en su boca, se comunicaba por señas e incluso andaba tratando de organizar los trebejos que constantemente utilizaba en el oficio de la pesca.

La gente, unánimemente permanecía igual que Luis Ventura, al menos respecto a lo sucedido con la lengua de éste. Nadie pronunciaba palabra alguna, intimidados con el hecho de que llegara algún desconocido y les tapara la boca para siempre. Y es que ya en varias ocasiones algunos habían visto bajar balseando cabezas humanas por el Atrato, cosa que espantaba a los pobladores pues nunca se había visto algo así en Bojayá.

Y fue justo a los tres días, muy de mañana, cuando Ventura sorprendió a Eulogia.

– *Ve ve, eta muje, ¿torabía no tá er café?*

Ella, con una diligencia nunca antes vista en ella corrió a llevarle la bebida, y haciéndole entrega, lo apabulló a preguntas.

– *Lui Ventura, ¿y eta gente cómo fue que lo iban a matá, vea ve? ¿Y a uté, cómo fue que puro escapá?*

Y él le explicaba, a la vez que saboreaba el café, que todo se había dado cuando intentaba tumbar un racimo de Chontaduro, y que, sin darse cuenta, cuando se percató tenía era un avispero encima. Eulogia, completamente desubicada, trataba de condenar a los supuestos agresores.

– *¡Ay, Dio mío bendito! ¿uté puere creé la mardá de eta gente?*

– *Sí, vea ve, eto animales parecen como gente enardecira.*





Le respondió él, sin percatarse de lo que la mujer, al igual que todos en el Chocó pensaban sobre el asunto. El caso comenzó a aclararse cuando Luis Ventura con mayor precisión le explicó a Eulogia que una de las avispas se le había abalanzado directo a la boca, y él con una destreza sin igual, había intentado cortarle el vuelo con el machete, con tan mala fortuna de que, en lugar de matar al animal, terminó fue cortándose la lengua casi en su totalidad.


– *¡Lui Ventura! ¿Uté me ta hablando en serio? ¡Santo Dio bendito, a yo no bía visto argo como eto en tora mi vira!*

La mujer, con la pasmosa locuacidad que desde muy joven la caracterizó, se encargó de dar a conocer la versión de su marido sobre lo que realmente le había sucedido. Sin embargo, resultaba incomprensible como Luis Ventura se había mochado la lengua al intentar matar una avispa. Eso, prácticamente nadie lo creía, y por el contrario aumentó las especulaciones y el temor frente a los abusos de los paramilitares, pues se aseguraba que la inverosímil versión de Ventura sobre lo acontecido obedecía exclusivamente al miedo de perder su vida.

– *Oiga compaire, a yo no lo puero creé ¿uté no ta ocurtando nara?*

Preguntaba uno de sus más cercanos amigos, al lado de otros congregados en torno a Ventura. Y antes de que lograra responder, de la nada apareció el viejo Cartesiano Abadía, quien apenas arrimando intentaba validar la versión en juicio, pues él mismo había tenido una experiencia bastante parecida a la de Luis Ventura. Aunque, para infortunio suyo, no logró conservar su oreja tras el incidente.

– *Mi gente, a yo les cuento que le tiré er machetazo a la mata re plátano y cuando eta cayó, a yo re pronto me sentí mojaró. Y cuando me pasé la mano, me sentí nara más la herira...*



Si lo de Ventura parecía ilógico estando involucrado en la situación un elemento en movimiento y tan veloz como una avispa, lo del viejo Cartesiano sí que era extraordinario ¡Amputarse una oreja al cortar una mata de plátano! Hummm, ¡Increíble! Esto, ni por que la planta hubiera adquirido la facultad del movimiento de un momento a otro y lo hubiera atacado con su propio machete.


Los presentes en la conversación trataron por todos los medios de buscar alguna explicación lógica a semejante historia relatada por el viejo, pero no encontraban respuesta. En su caso, no se podía pensar en los paramilitares, porque para ese entonces aún no habían llegado a ese territorio, por lo que terminaron dando completa credibilidad a la versión. Casi al final de tan emotiva reunión, se escuchó el rumor de una joven que estaba muy cerca de ahí:

*– Mi abuelo dice que se le vortió la mano. Pero a yo vi ar otro día de ete incirente que taba cojiando, como si se hubiera caído de algún barranco.*

Fueron palabras de Emérita, nieta de Cartesiano, quien daba su versión de los hechos a otras muchachas que pilaban arroz, y alcanzaron a oír el relato de su abuelo. La indignación del hombre fue tal, al sentir sus palabras en tela de juicio, que, temblando de la ira, intentó azotar a la muchacha con un rejo de cuero de vaca, sin importar su avanzado estado de embarazo. Y de no ser por los escuchas, hubiera logrado su cometido.

Emérita salió como pudo de la escena, y como de costumbre, completamente descompuesta se fue a la orilla del río. Lo sucedido fue la excusa perfecta para que Crescencia, la madre de la muchacha, y sobre todo Guadalupe, su papá e hijo del ofendido, aprovecharan para sacar de la casa las pocas prendas que tenía la pobre Emérita, y lanzárselas a la orilla del Atrato, al tiempo que le soltaba un sartal de injurias:





– *¡Y re mi casa te largá! ¡A vo naire te mandó re arrecha! ¡Bucá er que te preñó pa que te mantenga! ¡Cómo te atreve a irrespetá ar papá mío!*

Con esto, Guadalupe prácticamente sentenció a la muchacha a la indigencia. Por fortuna para ella, no faltó una postulada a sí misma como familia, desenredando unos enmarañados lazos genealógicos. Era la vieja Zotela Pérez, quien sin dudarle un momento la recogió junto con sus trapitos, y de inmediato la introdujo a su rancho, exponiéndose a la furia de toda esa familia. Y es que los dos hermanos de Emérita, ambos mayores que ella, y quienes no estaban exentos de culpas por hechos similares, juraban que si Matildelino volvía, lo jodían.

El muchacho era compañero de colegio de Emérita. Y aunque durante el corto, pero intenso amorío, parecía un perro faldero, al enterarse del embarazo de la joven se desapareció, y si bien sus familiares no eran ajenos a la situación que vivía Emérita, parecía no importarles. Y más aún, en una actitud de completa desconsideración, optaron todos por no dirigirle la palabra, y cada vez que se la encontraban aparecían las sátiras, los pujos y las torceduras de boca, en una clara muestra de burla.

Después de aquel incidente con su familia, siendo ya de madrugada, Emérita comenzó a sentir los dolores de parto, a pesar de que, según cuentas, le faltaba una semana para el alumbramiento. Como era de esperar, la vieja Zotela Pérez no quiso importunar a ningún familiar de la muchacha, pues sabía que a ellos no les importaba el asunto, y mucho menos a los familiares del padre de la criatura. Así que pasó de largo y casi que a tientas a causa de la oscuridad, hacia el rancho de Damasia, la partera.

– *Comaire... Comaire...*



Le llamó en voz baja. La comadrona, quien como partera de oficio tenía el sueño ligero, estuvo de pie enseguida, y sin responderle salió ya lista, pues conociendo la situación por la que atravesaba Emérita, intuyó enseguida lo que sucedía. Al volver, estando muy cerca de la casa, con sorpresa escucharon el típico llanto del pequeño al momento de nacer.

– *¡Dio mío bendito!*

Exclamaron las mujeres al unísono. Ingresando, encontraron a Emérita con el niño sobre su pecho; el cordón umbilical daba un par de vueltas en su pierna izquierda, y el niño, sorprendentemente, sin haber afianzado sus reflejos primarios, como es natural en un recién nacido, permanecía sujeto con ambas manos de los senos de su madre.

Damasia, en su primera acción, cortó el cordón que unía a madre e hijo, mientras que Zotela, no se sabe de dónde ni cómo, sin prender el fogón ya sostenía al pie una vasija con agua tibia. La comadrona entregó el niño a su acompañante para que lo bañara, mientras centraba la atención en Emérita.

– *¡Emérita! ¿Cómo e que te sentí ve ve? Emérita, Emérita, déjame a yo acomoro tu cabeza...*

Pero Emérita nunca respondió. Ante el deceso, les fue imposible a las mujeres guardar silencio. De manera que, a esa hora de la madrugada, el pueblo se alborotó. En un acto salido de toda lógica, los familiares de Matildelino, llorando, llegaron prácticamente a arrebatarle el niño de sus manos a la vieja Zotela Pérez. Y detrás de ellos, los familiares de Emérita, que no hallaban consuelo. Los lamentos, los golpes de pecho y los desmayos fueron lo común durante la preparación del cuerpo de la difunta, así como durante todo el velorio, y se incrementaron en el entierro.

– *¡Ay, ay, ay, Dio mío bendito. No puere sé! ¡Por qué te fuiste... Por qué!*





Como suele ocurrir, el remordimiento, especialmente el remordimiento, encabeza cada cortejo fúnebre:

El cuerpo, inerte, avanza a la sepultura  
Tieso, frío y putrefacto ante aquel acto  
Ante esa multitud que le acompaña  
Y que un día le hirió hasta en sus entrañas  
La que nunca estuvo presente  
Que siempre fue indiferente.

Hoy, que ya no necesita nada  
¡Todos le acompañan!  
Ante aquella escena  
Parece que todos le quisieran,  
¡Todos gritan, todos lloran!  
Queriendo que retorne ahora.

Es grande su dolor  
Inmensa su tristeza  
Pero no por quien partió:  
Es el remordimiento  
Que les hace gritar y llorar  
Con tan fuerte aliento.

*¡No! ¡No!*  
*Por qué te fuiste... por qué*

El cuerpo, inerte, avanza a la sepultura  
Tieso, frío y putrefacto ante aquel acto



Tal como en vida le trataron aquellos  
Así se va ese cuerpo:  
Indiferente para siempre.



